María Virginia Jaua

IDEA DE LA CENIZA

PERIFÉRICA

IDEA DE LA CENIZA

MARÍA VIRGINIA JAUA

EDITORIAL PERIFÉRICA

LARGO RECORRIDO, 93

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2015

© María Virginia Jaua, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015. Cáceres

info@editorialperiferica.com
www.editorialDeriferica.com

ISBN: 978-84-10171-11-4

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

La ceniza no vive aquí, pero aquí hay ceniza.

Una cierta lógica tendería a determinar que este pequeño libro estuviera dedicado al ser amado. Él es todo aquí. Sin embargo, esta escritura póstuma también podría estar dedicada a otros amantes y a otras muertes de las que guardo y honro su historia, pero hago míos los relatos de sus telepáticos encuentros y guardo su secreto: la colisión en la que estallan sus partículas y emprenden el viaje, su inabarcable pasión por la escritura, su saber ancestral del duelo y la hospitalidad.

Este libro busca honrar ese posible hallazgo. Lector, detén tu paso…

Respira con un ritmo acompasado. Estás ahora en el umbral de un libro que te ha sido escrito. Cierra los ojos. Encomiéndate a Hécate y hazle una ofrenda. Si con los ojos cerrados te abandonas a la lectura, es probable que consigas entrar por cualquiera de las tres fases visibles de la luna. La cuarta es sólo un espejo negro que te devolverá tu imagen: no es una puerta, no abre hacia ningún lugar, es sólo un astro apagado: un archivo muerto. Si acaso puedes, míralo de reojo y prosigue tu viaje inmóvil. Se abrirá una grieta como una herida incurable: shibboleth, shibboleth, shibboleth. Caminarás al paso de una plegaria. Una vez adentro, es posible que escuches una voz que te llama desde un futuro que aún no alcanzas a ver, pero que está ahí: pues ha sido vivido una y mil veces. Y si al final del viaje no te reconoces, despreocúpate: aquí nada mira hacia atrás, no hay estatuas de sal, ni vistas panorámicas a ciudades en ruina: sólo una postal enviada desde el futuro con un mensaje encriptado y que prosigue su viaje en busca de un destinatario:

Quizás tú.

Escucharás voces entremezcladas como las notas de instrumentos en una sinfonía compleja: será como el oleaje de un inmenso y anacrónico mar. O quizás ni siquiera eso. Voces tenues, susurros nítidos surgidos de las llamas del instante, ecos de la ceniza de lo que una vez ardió y de lo que volverá a arder. Se trata de un pequeño fragmento de la historia del fuego y sus reminiscencias; un casi nada, con el que haremos un reloj de arena: una joya muda que colgará en el pecho a la altura del corazón.

I

PRIMEROS APUNTES SOBRE EL DUELO

La escena primera es la de un duelo muy anterior, primigenio, diría. Un duelo matricial, origen de todos los duelos, de todas las separaciones, de todos los desgarros.

Un duelo anterior al acontecimiento. Entendemos acontecimiento como aquello que desgarra el curso ordinario de la historia.

¿Qué historia? Un profundo terror. Un miedo arcaico a la desaparición.

Se dice que el duelo está en el origen de la tragedia griega. Los helénicos y sus antepasados hacían la «representación» del rito funerario.

Para ello, una figura (no sabemos si viva, momificada, si una estatua en piedra esculpida) representaba al muerto; otras figuras, a los vivos —familiares y amigos del difunto—. Aunque parezca excéntrico, al morir un ser amado los deudos adoptaban máscaras que los representaban a sí mismos, convirtiéndose en los personajes de su propia tragedia. De esta manera una civilización arcaica parece desplegar recursos de «representación» infinitamente más sofisticados que la nuestra, para la cual los ritos son un despersonalizado trámite de aeropuerto: pulcro y bien iluminado. Fue así como desde el principio la tragedia estuvo íntimamente ligada a la comprensión de la muerte, y su puesta en escena nos legó lo que conocemos como teatro.

Otro dato: las palabras «persona» y, por lo tanto, «personaje» provienen de personare, «resonar a través de una máscara». La máscara original de la tragedia consistía en un dispositivo que, además de servir a la imagen del desdoblamiento, de la «representación», estaba diseñado para hacer sonar, para hacer más potente y audible la voz.

Pero aún hay más…

Lo que hoy conocemos como «imagen», proviene de la palabra ¡mago. No sólo ambos vocablos están unidos en un mismo origen. En Roma, el imago era una suerte de reproducción del rostro de las personas nobles recién fallecidas (regreso de la máscara por la vía

mortuoria). Al morir alguno de sus miembros, las familias patricias eran las únicas que poseían el «derecho» a su ¡mago: sólo ellas tenían el privilegio de hacer reproducciones del rostro del familiar fallecido y de exhibirlo y distribuirlo por las calles de la ciudad.

De ello se desprenden dos hechos curiosos. El primero confirma la naturaleza «ficcional» de las construcciones de identidad a las que el «yo» se ha entregado en su escisión del todo, muchas veces sin cuestionarse la estrecha relación de la persona con la prosopografía griega, por medio de la cual, sin admitirlo, revalida —más allá de la literatura— un pacto de suspensión de la increencia que contradice el sometimiento a la insensatez de esa «fe».

El segundo es la constatación de que la estrecha relación entre imagen y poder es antigua: hay quienes han podido y pueden «producir» las imágenes y quienes las controlan. Y este ejercicio del poder sobre la representación también nos revela parte de la esencia —o, si se quiere, el carácter ontológico y biopolítico— de las imágenes: éstas surgen de la muerte y, en su largo recorrido en la construcción de la cultura de Occidente, regresan a ella. De esta manera la historia de nuestra cultura parece ser ese enorme sepulcro donde las imágenes yacen bajo tierra o donde flotan en una suerte de limbo, por el que deambulan como fuegos fatuos, presencias infraleves que regresan una y otra vez al mundo: como algo que desea desesperadamente volver a ser.

Resulta interesante que civilizaciones tan antiguas hicieran uso del artificio de la representación y del dispositivo ficcional para, en última instancia, incorporar en la vida psíquica algo inaceptable: el hecho categórico de la desaparición.

Derrida acierta cuando dice que no todos los hombres mueren igual, por así decirlo. No han muerto siempre de la misma manera. ¿Hay que recordar todavía que existen culturas de la muerte? Y que de una cultura a otra, en el traspaso de las fronteras, la muerte cambia de rostro, de sentido, de lengua, incluso de cuerpo.

La muerte no se llora. Ahí no hay lugar para las lágrimas. Éstas aparecen más tarde, cuando la persona amada regresa inesperadamente bajo la forma del espectro, del recuerdo, cuando las palabras que salen de nuestra boca son sus palabras. A veces son ellas, las lágrimas, las que en su «videncia» graban las lápidas.

¿Es eso el duelo? ¿Llevar un poco de vida a la muerte, acompañarla en ese viaje?

El duelo es una práctica íntima y personal, por ello cualquier intento de explicarlo resulta un ejercicio poco eficaz pero necesario. Aunque en primera persona el duelo sólo puede contarse en las palabras de otro.

Vivir es una secuencia de instantes muerte, cifrados en dos actos al

parecer anodinos e involuntarios: la inhalación y la exhalación.

Aunque olvidada de sí misma, quizás ahí —en la respiración— se concentra aquel humano anhelo del durar.

El duelo es también un tránsito nómada de supervivencia. Una balsa en la que viajan dos—uni—dos para siempre. En el duelo, al igual que en el amor, la dualidad desaparece para regresar a esa unidad en la que ella cobra sentido y claridad. Algo así como la fusión en un todo.

Derrida, inspirado en Montaigne, dijo: «Filosofar es aprender a morir». Me pregunto si es posible escribir esta frase sin tener un conocimiento empírico de la muerte; algo poco probable en realidad, más bien imposible. Parece que esta aporía sienta las bases de gran parte del pensamiento de Occidente.

«Dejad que los muertos entierren a los muertos.» Recordemos la cháchara y el cotilleo de aquel par de enterradores en la obra de Shakespeare.

Cuántos innumerables intentos —fallidos todos, todos fracasados— se han hecho por explicar qué es el duelo. Cómo se vive, cómo se sobrevive y cómo se supera ese trance. Claro, pienso en Barthes y en todos los que desde entonces lo hemos leído. La lectura de su diario me provocó dos sentimientos encontrados. Por un lado, un enorme sosiego; y por otro, despertó algo así como enojo, rabia: inversamente proporcional a la energía del duelo que en el libro —como en la vida — poco a poco va extinguiéndose…

Dice Canetti que si algo tienen en común el amor y la muerte es la separación. Pienso que contra la contundencia de esa premisa sólo existe el duelo como lugar secreto de los amantes.

El duelo siempre es un proceso estrictamente apegado a su primera acepción: encuentro categórico de dos. Pero no se va al duelo bajo el impulso del que busca sobrevivir al otro. Pues quien sobrevive morirá —irremediablemente— al menos dos veces.

En el duelo también se muere para que haya ceniza, para que ella hable.

«¿Quién sabe? Quizás un poco de oro en estas notas», dice Barthes al inicio de su libro. He seguido el rigor y la minuciosidad del polvo dorado y de su pacto.

El mayor acierto de Barthes es cuando alude a la Vita Nuova de Dante, aunque se abstenga de revelar ese secreto y no ofrezca muchos más detalles íntimos o personales.

La Vita Nuova es un gesto radical y contradictorio, una paradoja: un potente giro narrativo para la escritura del duelo y el amor.

En el momento de la muerte, el instante en que ambos corazones se detienen pasa tan rápido como un disparo que los atraviesa de

forma simultánea. En su trayectoria de proyectil, en el punctum suspendido de esa imagen, ambos se miran a los ojos: se aman.

Así se vive cada día, cada hora, cada minuto, cada instante del recuerdo, el deseo de retener la mirada y su brillo, la temperatura del cuerpo, el tacto de la piel, el gesto y la entonación de las palabras.

La realidad de la ausencia se instala. Y tras esa suspensión el diálogo prosigue, comienza el duelo: una conversación dulce y eterna de los amantes.

En el duelo es la vida lo que desafía a la muerte y la ridiculiza, pero también eso dura sólo un instante.

Estoy de acuerdo en lo que el duelo tiene de diálogo más allá de la muerte. En él se reconoce no las moribun—dias de quienes persisten en negarla, sino la mortalidad, y en ella la afirmación sin condición de una vida cumplida y plena.

En otra parte, Derrida dice: «El huésped absoluto es aquel arribante para el cual no hay siquiera horizonte de espera. (…) Entre la hospitalidad y el duelo hay cierta afinidad».

Pienso —junto con el filósofo de la deconstrucción— que el duelo y la hospitalidad se ajustan: en ambos se recibe y brinda protección al otro sin condiciones, en ambos se produce la entrega; pero aunque ambos constituyan una suerte de refugio, nunca se puede estar del todo cómodo en ellos. Tanto en el duelo como en la hospitalidad, el huésped y el anfitrión negocian una convivencia bajo una permanente y sutil desconfianza, quizás porque reconocen vivir bajo la inevitable y permanente amenaza de la separación.

Principio de incertidumbre: nunca se sabe realmente cuándo comienza el duelo y mucho menos cuándo termina. Quizás por ello, cuando se materializa lo sentimos como un lugar que nunca más podremos abandonar y nos embarga la desesperación.

Es la incertidumbre del estar y no estar ya, del ser y el no ser nunca más con el ser amado, la que hiere y martiriza. Exige un cierto grado de carácter aceptar esa condición en la que debemos soltar el yo que irremediablemente morirá con el otro y que —sin llegar nunca a haber sido realmente— renacerá de su no ser para continuar no siendo.

La pregunta aquí no es qué muere o quién muere, sino qué, de toda esa experiencia, sobrevive.

Es algo «vago», como el oleaje. El duelo nos rodea como un inmenso y anacrónico mar: plein de vagues. En esas ambigüedades, la lengua francesa es maravillosa —pienso—.

El duelo es esporádico, ambiguo, irregular. A veces se vuelve adictivo —se está mejor en la soledad dramática y erótica del duelo que entre el mundanal ruido y la banalidad—, pero sobre todo es

discontinuo.

La discontinuidad es una de las características más desconcertantes del duelo. Su ruptura temporal perturba nuestra imperiosa necesidad de progreso y control.

El duelo desmonta una de nuestras más sólidas construcciones: la de nuestro insignificante yo. Y eso es lo que en el fondo no podemos soportar.

El estado natural del duelo es el estado líquido y fluvial. Por eso, cuando el viaje comienza uno sólo puede dejarse arrastrar por las lágrimas.

Si —como en otras culturas— al duelo se le comparara con el oleaje marino, cabría escribir un tratado que estableciera «precisiones sobre las olas». A veces las olas son pequeños rizos regulares y espumosos; en otras ocasiones las olas se levantan tan alto como un edificio que cae en un estrepitoso derrumbe del que sentimos que ya nunca más nos podremos levantar.

Barthes no lo dice. O si lo dice, no hace suficiente énfasis en ello. En el duelo, día con día se hace un ejercicio corporal de vital importancia: hacer sonar la voz amada: adoptar una máscara en el sentido antiguo. Hacer «sonar» su timbre, más que sus palabras. La forma precisa en que los labios dejan salir la caricia y el aire musical.

No ha habido, ni habrá nunca infraleve más auténtico e imposible que el remolino de aliento formado por la exhalación de la palabra —y el dibujo que traza su cosquilleo en la nuca—.

Se requiere de mucha disciplina y concentración para conseguir que esa evocación imprima la huella cálida y perfumada donde nace la primera caricia: en algún lugar escondido detrás del cuello.

Dice Derrida que lo trágico en la existencia humana es que el significado de aquello que hemos vivido se determina en el último instante, en el instante de la muerte. Quizás sea cierto, y sólo ahí cobre sentido el ser. Pero sólo por un instante y sólo para el desvanecimiento.

Poco se podría añadir a otra frase suya: «Ella [la muerte] es la posibilidad de la imposibilidad de toda relación con… algún existir».

II

Hace algunos años deambulaba entre los numerosos volúmenes que se ofrecen en los estantes y las mesas de novedades de una librería desordenada. Tomé un libro, lo abrí al azar y leí la primera frase:

«En Lisboa me fue revelado el secreto de los jardines botánicos». Sólo muchos años después contemplé el paisaje que pudo inspirar esas palabras enviadas hasta mí dentro de aquel libro. Lo descubrí tras asomarme a la desembocadura de un río dorado, desde el punto más álgido del duelo y desde un jardín de sentimientos con unas vistas panorámicas. Hoy intuyo algún gesto cómplice y premonitorio con ese libro tanto tiempo olvidado, en las primeras frases de otro libro que yo habría podido escribir…

III

BAJO EL VOLCÁN ET IN ARCADIA EGO

A Alfonso Reyes in memoriam

No hablo para quienes una burla del destino
Compatriotas míos hiciera, sino que hablo a solas
(Quien habla a solas espera hablar a dios un día)
O para aquellos pocos que me escuchen
Con bien dispuesto entendimiento.
Aquellos que como yo respeten
El albedrío libre humano
Disponiendo la vida que hoy es nuestra,
Diciendo el pensamiento al que alimenta nuestra vida.
¿Qué herencia sino ésa recibimos?
¿Qué herencia sino ésa dejaremos?
Luis Cernuda, «Es lástima que fuera mi tierra»
Y yo te anuncio el ataque a los volcanes
de la gente que está de espalda al mar:
cuando los comedores de insectos
ahuyenten las langostas con los pies
—y en el silencio de las capitales
se oirán venir pisadas de sandalias
y el trueno de las flautas mexicanas.

Alfonso Reyes, «Veracruz»

En este instante, síntesis de los siglos, aparece y desaparece como por arte de magia todo tipo de noticias fatídicas y relatos insólitos: sólo hay que asomarse al aleph multiplicado e infinito de las pantallas en cópula. Ahí las narrativas se despliegan, se neutralizan, desaparecen: descubren tantos mundos que se desbordan de su cauce. Entonces ocurre en directo: el hecho político desgastado cede el puesto a los discursos cada vez más aberrantes. Una y otra vez los historiadores fijamos el carácter de los apocalipsis recién descubiertos,

nuestra eterna patria, tal como nos la han descrito, ciegos de tanto ver, esbozamos la visión íntima de aquella Arcadia melancólica y siempre exagerada por los efectos de nuestra percepción sutil y falaz.

La imagen más propia y moral de aquella naturaleza hoy está ausente de la región desértica y de sus azoteas: dicen que ahí alguna vez hubo «una vegetación, un paisaje organizado, y una atmósfera de extremada nitidez, en la que los colores mismos se ahogaron compensando la armonía general del dibujo»; dicen también que un éter luminoso envolvía las palabras y las cosas, incluso dicen:

… que una luz resplandeciente hacía brillar las máscaras de los cielos…

En aquel paisaje inventado, no desprovisto de cierta y real esterilidad, por donde «los ojos yerran sin discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación»; bajo aquel fulgor del aire y en su general frescura y placidez, pasean una y otra vez hombres ignotos, de mirada amplia y meditabunda. Miembros de sociedades anónimas se paralizan frente a aquella inscripción en el zócalo de dioses —compendio no siempre feliz de la piedra y el cincel —. Las aves en parvadas prosiguen su vuelo junto al cauce que prometía asilo a los visitantes. Cuentan las crónicas que de un delirio místico brotó una ciudad, hoy repoblada una y mil veces con las incursiones de los mitológicos buscadores de trabajo.

Cada invierno recordamos, para cada verano olvidarlo: millones de telépatas se asoman en aquel orbe levantado sobre sonoridad y deshechos —tratan de reconstruir para el futuro la herencia en un espejismo de cristales rotos—. Se extienden las visiones emanadas de un sueño ajeno, de un volcán en erupción bajo el que no hay calles, ni galerías interiores, tampoco pasajes de aristas de pirámide, ni perspectivas en fuga.

En ese mar de pensamiento sólo existe un destello de espera que nos regrese un «yo» huido al otro lado del océano. Sus palabras traen el eco de las consignas y el éxtasis de un poema cristalino de lo que será memoria, escritura en el exilio. He aquí la inscripción oculta en el camino que ya nadie alcanza a leer: «La verdad conoce todas las subversiones et ¡n Arcadia ego».

… UN GESTO DE SUBVERSIÓN MÁS ALLÁ DE LA SOSPECHA

La subversión es el movimiento mismo
de la escritura: el de la muerte.
Edmond Jabés

Caperucita roja da la bienvenida al lobo feroz con los brazos abiertos —una muestra clara de buena voluntad y de una hospitalidad cálida en el umbral de su abrazo—, pero curiosamente no los dirige hacia arriba, a pesar de que el lobo es mucho más alto que ella, sino que los deja ligeramente caídos, quizás como un pequeño gesto de solidaridad para con esa renovada sociedad del espectáculo que hoy cumple un ritual antiguo, casi olvidado: se reúne, hace ruido y deambula sus consignas por las calles: busca algo que se le ha perdido.

Ella, en esa pose dulce y mártir, parece decirnos con el arrebato contenido de una pasión ingenua: quiero vivir y morir en la escritura…

Aunque sólo sea la de una palabra en otra lengua, en un cartel sin imágenes, puro ejercicio lúdíco, tipográfico, suspicaz.

También el teclado se rebela —en absoluta mudez— negándose a encender alguna de sus pequeñas y ordenadas l-e-t-r-a-s: puro amor y resistencia.

EL DESTINO FINAL DE WALTER BENJAMIN

Hay quienes todavía creen que Benjamín se suicidó en el mes de septiembre en Portbou, y acuden a ese escarpado lugar en una peregrinación inútil, para leer un extraño y crítico epígrafe: una ironía más de las economías «veraneantes». No sin cierta audacia, Tackels (su biógrafo) afirma que de haber podido, Benjamin habría huido a América del Sur, «un lugar donde la catástrofe nunca ha impedido la promesa de otro mundo». Pero también hay algunos más osados que dicen —incluso aseguran tener pruebas— que Walter Benjamin logró escapar al horror y continuó buscando la casa de sus sueños. Una casa en la que al fin pudiera despojarse del traje del errante. Esa búsqueda lo habría llevado hasta México, tras la pista de Trotski. Y aunque se cuenta que fue muy larga la travesía marítima y que durante el viaje llegaron las noticias de su asesinato por unos comunistas catalanes, esto no logró desanimarlo. Sino que, al contrario, le dio renovado ímpetu a ese deseo —ya frustrado— de reunirse con el pensador de la revolución eterna.

Dicen que desembarcó en Veracruz y, antes de llegar a la ciudad de México, deambuló por distintos lugares. Atravesó gran parte del territorio mexicano. Cuentan que anduvo un tiempo vagando por paisajes desérticos, tras los rastros de un filósofo o un poeta visionario, probando drogas inverosímiles, dejándose arrastrar hacia otras experiencias de la realidad. Dicen también que su curiosidad sin límites y su imperioso deseo de experimentar todo conocimiento lo sedujeron, y que sólo algunos años después consiguió llegar a la ciudad infinita. Sus pasos de flaneur experimentado lo condujeron finalmente a la casa de Trotski en Coyoacán. Para entonces, esa casa ya estaba convertida en un museo: es decir, un edificio muerto, sustraído al decurso de la historia. A las puertas del recinto y junto al principal custodio —todavía en horario de atención al público— se leía, en un cartel mal escrito, «Cerrado». Pero tras mucho insistir, Benjamin consiguió entrar junto con su acompañante, una mujer, aunque nadie ha podido asegurarlo. Su sorpresa no habrá de extrañarnos. Pues al ver aquella combinación tan extraña y, sin

embargo, atrayente: un museo que no es un museo, una casa suspendida en la contemplación de su propio jardín interior salvaje en medio de la gran urbe y que oculta un malogrado refugio, en donde todavía resuenan las huellas de un atentado, de una muerte violenta: un lugar sin lugar y sin nombre en el tiempo, Benjamin se habrá internado como en uno de sus conocidos pasajes. Se habrá detenido delante de cada objeto, habrá descifrado cada detalle, cada prenda, cada signo de desgaste y habrá escuchado el eco enmudecido de los sueños y de las conversaciones. Incluso es posible que haya sentido una enorme placidez, como ante la sosegada tumba del amigo, y que leyera para sí —con una media sonrisa— la ironía de su propio epitafio.

Quizás al final del recorrido haya posado cuidadosamente su sombrero junto al del ideólogo. Quizás, respetándolo como un lugar sagrado, lo haya hecho suyo. Quizás haya sentido la pulsión de quedarse para siempre, y entonces, en la casa abandonada y en silencio, ese exilio haya podido terminar.

MUSICALIDAD ABSOLUTA: I WRITE TO YOU IN MY HEAD ALL THE TIME

Estoy un poco cansada de las quejas de tu tierra… y de todos los obstáculos que se han producido a lo largo del viaje…

¿Dónde está mi pintura musical? Recuerdo que dijiste que me enviarías algo de música, algunas fotos… (esto sé que no es posible por la ausencia del cable, pero ¿acaso nuestro mundo no debería funcionar ya todo él sin cables?)

… Y a pesar de la distancia, tu pensamiento es lo único que alcanzo a escuchar, lo único que en medio de todo este estruendo «habla».

He vuelto a leer ese texto tuyo, «el espíritu de la música», y he sentido la potencia de tu escritura, en ella todo «piensa», es como si leyéndote no sólo te telepatizara sino que te escuchara pensar… no dudo ni un segundo de que estás aquí muy cerca, al otro lado de la pantalla, me llamas desde lo alto del faro, me invitas a dar el salto mortal a la escritura, no quiero decepcionarte pero te confieso que nunca he podido «escribir».

«Pocos, muy pocos, son los humanos que se lanzan al mar para alcanzar la voz del agua, la voz infinitamente lejana, la voz sin voz, el canto todavía no articulado que viene de la penumbra. Algunos músicos. Algunos escritores más silenciosos que los demás, en páginas más mudas todavía.»

Olvidemos la cita y soltemos las riendas de la imaginación. Ahora, fijémonos bien en la imagen… escuchémosla. Quizás ella también contiene la historia líquida de la música, no bajo la forma tensa del conflicto entre la civilización y el caos, sino como su resolución, como forma reconciliada: encuentro de dos mundos y diálogo susurrado de dos formas de vida. Si nos fijamos bien, allí no hay nada que pudiera inscribirse bajo lo que llamamos «pornográfico», eso que en nuestros tiempos viene a ser una forma devaluada y depotenciada del deseo, sino que, al contrario, expone claramente su fuerza: algo de placer, mucho de gozo y absoluta entrega. Lo que ahí parece operar es un arcaico mecanismo musical aún vigente; que ha llegado hasta nosotros gracias a la caída del héroe en los brazos de la diosa del esperma o, si

se prefiere, de la espuma.

Detrás de esa imagen también están ellas, las Sirenas, esas voces imposibles de describir que lo condujeron por medio de sus cantos adonde él siempre habría querido ir sin lograr atreverse. Fueron ellas, pájaros con senos y rostros de mujer, quienes tocaron la flauta del origen, de la fiesta incontrolada, de la libertina euforia, de la música sin palabras que más tarde fue desterrada de la educación griega, por la mesura de la lira, la música orquestada del pensamiento humano. Sin embargo, al final, las Sirenas no sucumbieron por completo a la astucia de Ulises y su heroicidad mediocre, pues han sido ellas —desde las leyes secretas de la fantasía— quienes siguen activando el dispositivo de la llamada, para que la inhumanidad de todo canto humano siga emergiendo de los labios de él.

Ahí fue vencido el temor del héroe: el miedo a escuchar su propia voz, a descubrirse a sí mismo entregado al canto masculino en los labios de ella, arrastrado por una fuerza incontrolable: conducido por su propio e inconfesable deseo de alcanzar la región de la fuente y el origen, para también morir un poco ahí.

Mientras que en su tumba, es decir, en la imagen, ella toca la flauta, él se abandona y canta: por un instante enmudece el lenguaje y el cuerpo habla. Desaparece por completo aquella vieja tensión entre delirio y cordura. Lo que entonces estaría produciéndose sería el resonar de ambos cuerpos como testigos naturales de una musicalidad, o para decirlo con otras palabras, lo que la imagen vendría a representar sería lo que no puede escucharse: la política de la entrega irrefrenable en un beso prolongado, mitológico y musical.

CARTA A UN AMIGO JUDÍO

Some of them are old, some of them are new.
Some of them will turn up when you least expect them to.
And when they do, remember me, remember me.
Brian Eno

Y él dijo: «Hay rito por todas partes, sin él no habría sociedad, institución, historia».

De pie, frente al calendario de piedra se cumple la lectura de esa ceremonia. Hágase entonces, ya que estamos aquí, una vez más, en lo que suponemos el umbral de un infinito que podría comenzar aquí…

Empezaría con la fiesta de las preguntas: ¿dónde poner música al poema?, ¿cómo se produjo y qué tan feliz resultó el hallazgo?

Se trata sobre todo del tiempo. De la percepción que tenemos de él o de nuestra absoluta ceguera, y de lo que equivocadamente hemos llamado plenitud. Quizás por ese motivo la ceremonia de hoy sea callada. Y me dejo arrastrar hacia lo que hemos «acordado» que es una convención.

Justo ahí, en la consciencia de ese abismo, de esa angustia ante lo que «supuestamente señalaría un fin» aparece mi amigo para recordarme «algo». Sólo él puede descifrar lo que intento decir y que permanece secreto también para mí.

Se trata de la responsabilidad para con él y para conmigo, que se traduce en ese «nosotros» que aún nadie ha visto. Se trata de una política de la amistad en la que se entrega la palabra como se entrega el corazón. Quizás también se trata de la tarea de nuestro tiempo. Un tiempo—ahora para el que no hay finales con champán: sólo escritura.

En el umbral de esa nada espumosa, un deseo y una apuesta para el rito y esa herencia compartida con mi amigo, quien a pesar de los siglos y de la sangre derramada enciende velas y reza mientras piensa en mí, allá, cerca de Almonacid: escribir mañana para leer hoy…

ALGUNOS APUNTES SOBRE LA HERENCIA

Dicen que cuando Catalina de Médicis —esa reina aficionada a las artes y a las ciencias, célebre por su trabajo como mediadora en el umbral de una de las más cruentas guerras religiosas— supo, por intermediación de su astrólogo, que moriría junto a Saint Germain, mudó la residencia real del Louvre y se hizo construir un palacio cerca de allí (pero alejada de la basílica gótica dedicada al santo de Auxerre) impulsada por el humano anhelo del durar…

De ese palacio hoy sólo queda una torre, un observatorio astronómico olvidado y oculto, que ya nadie visita: no se encuentra entre los principales atractivos de la Ciudad de la Luz y tampoco funciona para lo que inicialmente fue construido: contemplar la noche, ver más allá. Esa torre en la que antiguamente se asomaba a mirar el cielo una de las reinas más célebres de Francia, a la que algunos creían bruja, hoy sólo sirve de base para las cámaras de vigilancia que apuntan a la boca de unas escaleras mecánicas, las que conducen de ¡da y vuelta a los cinéfilos a alguna de las numerosas salas oscuras que hay bajo tierra, y por qué no, también a los vagabundos y clochards que deambulan por las inmediaciones.

Habrá quien piense que la nobleza de la torre erigida como observatorio se ha venido abajo con el progresivo abandono de los amantes de la ciencia y su posterior uso como base para cámaras de vigilancia. Sin embargo, recordemos una máxima hermética: «como es arriba es abajo, como es abajo es arriba, obra de las maravillas del uno» o del todo; o qué más da mirar hacia arriba o mirar hacia abajo, lo que importa es mirar. O si se prefiere: el ser humano extiende y multiplica en todos los sentidos los dispositivos de la visión: en nuestro mundo actual parece que no todo piensa, sino que todo ve… pero es que al final: todo piensa y todo ve.

Por encima de su indiscutible valor histórico y estético, la torre conserva parte del misterio. A pesar de ello, su abandono resulta comprensible, ya que en la actualidad existen telescopios potentísimos, en muchos puntos de nuestro planeta, dedicados a la tarea de escudriñar la inmensidad del cosmos. Esos ojos ávidos,

múltiples y potenciados por la tecnología buscan captar el instante de la muerte de una estrella, arrancarle en el momento en que ésta expire su último aliento, el secreto de un saber.

Los científicos han descubierto que el morir de una supernova difiere del de una estrella común, la cual poco a poco va extinguiéndose; mientras que, por el contrario, las estrellas supermasivas ofrecen toda su luz, toda su materia, toda su energía en el instante de la muerte, la cual sucede acompañada por una impresionante explosión, que además dará origen a otras constelaciones de planetas y estrellas. Esto ha inspirado a los científicos otra certeza: el universo crece.

La muerte anunciada de esa estrella masiva provocará el nacimiento —en no se sabe cuántos millones de años—de muchos otros planetas y expulsará de sí los elementos necesarios para que eso que llamamos «vida» eventualmente surja. Es decir, surja de sí misma. La estrella será superviviente como polvo y cenizas. Lo sabemos porque nosotros mismos estamos hechos de los residuos de una supernova muerta. El hierro de la sangre que corre por nuestras venas, el calcio y el zinc que forma parte de nuestra composición provienen de una estrella que —curiosamente— al igual que un ser humano cumplió un ciclo: nació, creció y murió, y sólo hasta mucho tiempo después se reprodujo…

De esa constatación surge otra: somos la huella de una muerte, polvo y cenizas de algo que alguna vez ardió y que volverá a arder. Quizás sin saberlo los astrofísicos que ahora apuntan sus telescopios parten de una intuición filosófica: «Vivir, por definición, no se aprende. Ni de uno mismo ni de la vida por la vida. Sólo del otro y por la muerte».

Si lo de arriba es como lo de abajo, y lo de abajo como lo de arriba, todo en el cosmos aguarda el instante de la muerte y sabe que en la de una estrella también subyace «la oscura e incierta experiencia de la herencia», o lo que es lo mismo: ahí reside la clave de la supervivencia y de una posibilidad del existir en permanente duelo.

La herencia es también un camino de ida y vuelta, entre el pasado que supone «lo que se hereda» y el futuro —desconocido y promisorio — de aquel posible e incierto heredero: otro de los nombres de la promesa y de los portadores de ausencia.

¿Quién heredará? ¿Habrá acaso herederos? ¿Qué se hereda? ¿Somos conscientes y responsables de nuestra herencia? Son algunas de las preguntas que nos hacemos ahora que todos nuestros ojos apuntan al morir de una estrella supernova que explotará en miles de millones de partículas, y de la que esperamos con ansia una parte de su legado: la imagen de su eclosión.

No podemos saberlo con certeza, quizás a lo sumo aventurarnos a

predecir alguna imagen fatalista o promisoria como las que se proyectan en las profundidades de una sala de cine y que nos deleita consumir. Sin embargo, lo que sí podemos hacer es aceptar nuestra doble e ineludible condición como herederos y legatarios, e implicarnos en la pregunta y en la obra: «¿De qué cenizas estará hecho el mañana?».

Catalina de Médicis murió a pesar de su reputación de bruja y a la intensa relación que mantuvo con las artes y con las ciencias… que incluso la condujeron a ser la protectora de Nostradamus. Pero según la leyenda, sí se cumplió el augurio de su muerte al escuchar el «nombre» del santo, igual al del sacerdote que llegó hasta los pies de su lecho a la espera de sus últimas palabras; tras lo cual se extinguió como un sol ordinario. No nos importa aquí la obviedad de su finitud, sino que en el último instante parece que encendió la luz y no cerró los ojos, sino que se despojó de su antiguo temor, para asistir a la escena de su propia muerte.

IV

MARIPOSA

Larga es la mano tocada por la silueta del cántico
Ella sostiene el destello en la oscuridad de la habitación
La habitación a la espera del génesis
Él tenía la palabra herida
Y la levedad de la bufanda le hacía un nudo en la voz
Él tenía dos manos, un sobre blanco y una escritura silenciosa
La muñeca
Le ofreció sus lágrimas
Testigo soy
Quizás me convierta en el espejismo entrevisto
Quizás sea la amiga
Para no olvidar
La hoja
Las muñecas de tela posadas ahí
Él las mira
Veo su visión
Ella está allá
Desaparece bajo la lluvia
Reaparece bajo un sombrero rosa
Los dos son pequeños
Corren y se sumergen
En una copa de vino blanco
Ella me percibe en su mariposa
Los esperaré en el agua
Ella camina hacia él
Ella es su casa
Él vuela
Los dos sacuden el polvo
De una almohada de algodón blanco
Que los coloca en la frontera del mundo

Safaa Fathy
Barcelona, 17 de febrero de 2008

V

EPITAFIOS

lanzad mis cenizas al viento
sobre ellas escribid
palimps(estos)
la que tampoco fue
aquí (no) es más
más que nunca
siendo nada
esta ceniza fue todo:
amó y fue amada
silencio
aquí resuena:
oro y amor en la encendida noche…

VI

no sé cómo tratar esto, lo creas o no, nunca había sentido tanta hermandad con nadie, y en ella tanta placidez, era como si tu cuerpo fuera mi hogar, como si reconociera cada rincón de tu casa, como si me fuera familiar tu modo de ordenar las cosas, de elegir los objetos, de buscar en qué rincones acumularlas, me fui, pero deseando quedarme. quedarme para siempre, no puedo explicarlo, pero es así. si hubieras dejado un teléfono —en el hotel— te habría llamado, te habría pedido que comieras conmigo, que me acompañaras al aeropuerto, tal vez que me acompañaras para siempre.

aunque apenas me besaste, aunque apenas te abriste a mí, tus caricias me hicieron sentir indeciblemente feliz, sentía mucho placer —me retorcía de ello, no sé si lo notaste— sólo por estar cerca de ti, porque me miraras, por mirarte, por rozarnos, porque pusiste tus dedos en mis caderas y yo los míos en las tuyas, creo que la intensidad del deseo y el placer que sentía sólo con ello bastaba, al menos por esa noche, tenías razón.

me gustaban los mechones al fin un poco desordenados de tu pelo, al despertarme, pensé que ambos éramos muy judíos en nuestro corazón, que no pertenecíamos a nada ni a nadie, únicamente —acaso — a la escritura, me gustó sentir cómo te relacionabas con ella, con la palabra, cómo te acercabas a mí para conocerme, con tanta normalidad. me gustó cómo nos hablábamos, como si fuéramos amigos desde tiempo inmemorial.

me gustó el primer sitio de las tequilitas, sentía que era un lugar bueno para ti y para mí. me gustaba el tono de la madera, la humedad, la sobriedad de la gente que había, me gustó irte sondeando, haciéndote hablar, pero en realidad mi pasión era escuchar tu voz por degustar ya algo, cuanto antes, salido de tu cuerpo, escucharte era ya sentir tu roce, creo que para entonces ya te estaba amando intensamente.

luego, cuando el taxista se puso a arrancar y te tendí mi brazo para que te decidieras a salir del taxi,

¿adonde querías ir?, por un momento me invadió el pensamiento de haberte sostenido en el aire, en volandas, para traerte de allí a un abrazo feroz, uniendo ya nuestros labios, luego el peregrinaje por los chicos y las chicas mirando la luna, todo el rato sentía tu cuerpo avanzar hacia mí, titubear sí, pero sin dejar de hacerlo.

y de pronto la irrupción en nuestro conversar del sentirlo raro, todo raro, todo extraño, al mandarte esta mañana el texto de Rilke he releído el «coste» de aproximarnos al ángel: la extrañeza. ahora sé de

dónde vienes, quién eres, al menos para mí.

me gustó cogerte de pronto la mano, saber que iba a dormir esa noche contigo, en realidad lo supe en el mismo momento en que entraste en la sala de la conferencia, antes incluso de mirarte, ya sólo hablé para ti, ya sólo existí para ti y contigo, todo el día.

no sabía cómo conducir la noche, no sabía si debía hacerlo yo o querrías hacerlo tú. sólo sabía cuánto deseaba conocerte, que todo avanzara, ver llegar ese momento en que me dirías al oído, mientras lo inundabas con los besos dulces de tu lengua, vengo de otro mundo.

quién es el que viene de otro mundo, quién, los dos, tumbados en tu sofá triangular, yo subiendo las piernas más arriba cada vez para evitar que tu perro se comiera los dedos de mis pies, tú serpenteando oscilante, a veces para alejarte del abrazo al que te quería llevar —desde el minuto mismo en que te vi—, a veces para acercarte al que tú misma querías darme, a la caricia que querías que te entregara.

recuerdo nuestras cuatro zapatillas y los calcetines posados todos en un montoncito leve, sentía y respetaba el orden de tu espacio, lo sentía mío; no mío, sino que me sentía tan cómodo en él como me habría sentido en uno que fuera mío, de verdad mío. es cierto que te hice muchas preguntas, tal vez algunas de ellas indiscretas, pero la que tú me hiciste sobre cómo era mi casa me anonadó, estuve a punto de confesarte que no tengo casa, que era la primera vez en mucho tiempo que sentía estar en ella.

y, luego, al despertar, con toda tu timidez pero, de pronto, dejando que yo te montara sobre mí. creo que me será difícil olvidar tu mirada, tendida por un instante sobre mi cuerpo, me sentí hermoso como hace millones de años no me sentía, en tus ojos, y luego sentí muy intensamente la necesidad que tú sentías de no seguir ahí, como si te resultara difícil soportarlo —quién sabe si, tal vez, porque empezabas a amarlo, a desearlo, acaso más de lo que querías que ocurriera—.

esta mañana, cuando entraba el conserje para traerme tu mensaje —venía medio muerto de risa, pero con rostro grave, como diciendo «señor, malas noticias»—, llevaba cinco minutos sintiendo que el teléfono iba a sonar, que ibas a venir, que me ibas a abrazar, que no íbamos a salir de allí en una semana, que aquello iba a ser una vida.

después, fui haciendo las maletas. Otto y Carmen no llegaban, y, mientras, yo no hacía más que mirar mi correo y esperar, me llamaron al teléfono, pero eran ellos —no, no eras tú—, para decirme que se retrasaban —por la manifestación del Zócalo, por fin llegaron, y me hicieron una entrevista que tuvo que ser muy breve, porque me llevaban ya al aeropuerto, me cayeron bien, creo que yo les caí bien también, Carmen conocía alguno de mis libros antiguos, los secretos, los mejores, todo el rato, en la entrevista, pensaba en ti. miraba a Otto

y pensaba en ti, intentaba imaginar qué rastros podía guardar, no encontré nada.

me pidieron que les firmara los libros, y eso me dejó tan desarmado como me deja siempre, pensé que sólo querría firmar algo que quedara en tu casa, en tus manos, en tu corazón, pensé decirle, lo firmo y lo dedico, pero es para ella, para mariavirginia, para que se lo lleves, ¿de acuerdo? pero me quedé callado, claro —y no, no les firmé, no hice nada—.

me escribirán, Carmen parecía muy interesada, tú y yo nos escribiremos también, quiero leerte, seguir tus proyectos. para lo que estoy escribiendo, tu portada era mágica, porque la mejor forma de ilustrar lo que quiero decir con la idea de «telepatía colectiva» es una bandada de pájaros en vuelo, moviéndose al unísono sin aparente guía.

acaso como tú y yo anoche, una pequeña bandada de pájaros, tu corazón y el mío.

no sé qué pensar de esto, sólo sé que me he quedado con tantas ganas de permanecer a tu lado, en tu abrazo, de llegar a saber —a sentir en mi interior— cómo eres cuando te abres y te entregas, de sentirte mía y conmigo, que pienso en ello cada hora y cada minuto, me gustó que el garabato del conserje trajera escrito que quieres que nos encontremos no en el otro mundo, sino en éste, nos hemos encontrado en éste ya, en verdad, lo sabes, lo sabemos.

ahora queda por saber si hacemos un mundo en ese que ya se ha abierto o, como es más fácil dejar que ocurra, lo dejamos cerrarse como una flor de primavera que ha exhalado su suficiente y hermoso respiro por un instante al sol, acaso a una luna llena, y luego vuelve en su pálpito natural a cerrarse.

yo, ya te lo he dicho, no sé cómo tratar esto, pero, lo creas o no, puedo asegurarte que nunca antes me había sentido tan de verdad en mi mundo —como en esas horas que he pasado en el tuyo, en ti—, creo que echaré de menos tu tímido y calculado abrazo durante muchas noches, como te he dicho, como sabes, no he parado de estremecerme de placer, del placer de estar a tu lado, y en ese placer dulce y arrebatador querría por mucho tiempo permanecer. es de la estirpe de aquella felicidad a la que cantaba Zaratustra: «todo dolor dice pasa, pero mi alma quiere profunda, profunda eternidad».

VII

LA CENIZA HABLA OTRA VEZ

Se trata aquí del reconocimiento de una deuda que nunca podrá ser saldada, sólo se sabe capaz de entregar más briznas al fuego. Una vez asumida, tendríamos que hacer referencia a la invocación, a la llamada, a la voz, al espectro, a la telepatía, a aquello que desde algún lugar nos habla.

Es cierto que me resulta difícil explicar cómo sucedió, sólo daré fe de ello: la traducción se hizo telepática. Una vez instalada la ausencia en lugar de

«traducir las voces, comencé a interpretar microseñales, pensamientos en estado puro». Los textos que siguen a continuación son la prueba irrefutable de esos «envíos». Una vez que fueron recibidos aquellos mensajes, sin reflexionar cómo ni por qué, me vi obligada a llevar a cabo un ejercicio de retraducción: esa tarea imposible, en la que, como se sabe, dos lenguas se «sacrifican», desaparecen y mueren; pero más tarde, una vez se ha producido un texto, resucitan gracias al poder que subyace en toda lengua.

Estos pequeños textos dan fe de ello. Algunos de vosotros se preguntarán cómo y por qué han llegado hasta aquí, sólo puedo asegurar que estaban antes y estarán después. Sin embargo, es importante señalar que aunque fueron reunidos en un libro hecho a su vez de fragmentos, poseen diferentes orígenes: La Dissemination, Glass, La pharmacie de Platon y La carte postale.

Ese volumen—fragmento del que fueron extraídos los textos citados a continuación es Feu la cendre, de Jacques Derrida y fue publicado en castellano (en una edición bilingüe) bajo el título La difunta ceniza, que me parece muy hermoso; sin embargo, sugeriría otro: Llamadas de la ceniza.

La razón de proponer un título diferente se debe a que en esa primera traducción publicada se ha perdido parte de la energía que subyace en el original: la que emana de las formas del fuego. Es cierto que antiguamente feu podía traducirse como «finado» o «difunto», incluso por el popular «que en paz descanse», pero esa palabra resulta menos apropiada aquí. Porque aunque no alcancemos a verlo, el fuego arde. Tuvo que hacerlo para que hubiera ceniza. Es precisamente el

fuego quien la consume y la anima, él es muerte—vida indisociable de la materia: energía que mueve el universo. Acaso el fuego acontece en lo que se consume o es «consumido»: conjunción perfecta entre la llama y la ceniza. También por ese motivo, Llamadas de la ceniza parece más ajustado. Pero, además, éste sería un metaenunciado, no sólo por la presencia aporística del fuego y de sus formas hipnóticas: vida y muerte de ella sincronizadas como ceniza y como «llama»; sino también, por su capacidad de contener dentro de sí la ¡dea del «emplazamiento» al otro, digamos a un lector, por medio de una cita imposible —y por ello obligada— con la escritura, sin la cual nada de lo que acontece tendría sentido aquí.

Por otra parte, al funcionar como un metaenunciado esas primeras «llamadas de la ceniza» hospedan en su interior otros títulos igualmente (im)posibles, como: Llama de la ceniza, Llamas la ceniza, Amadas de la ceniza, y muchas otras variantes, como el don de la entrega en la siguiente frase: Dar la ceniza (que también habría podido funcionar).

Precisamente en ese inesperado darse a nosotros como algo que se hace presente sólo por vía de la ausencia, esos mensajes telepatizados en forma de escritura pueden cobrar forma aquí y ahora en la voz de ella, es decir: de la traducción, que, como se ha dicho antes, es la suerte y el riesgo del poema, pero que, como sabemos, es algo que siempre habla en y por lo otro… o para decirlo de manera distinta, una voz que si alcanza a sobrevivir lo hace siempre en el espacio que se abre entre el duelo y la hospitalidad.

«Tu precaución es bastante ingenua. Él responderá lo que quiera, por más que la frase aparezca en un libro con su firma, no le pertenece, él confiesa haberla leído antes de escribirla. Ella, esa ceniza, le fue dada o concedida por otros, por tantos olvidos, y además aquí nadie enciende el incienso de un comentario para ese secreto. De ella no develamos literalmente nada, nada que, a fin de cuentas, no la deje intacta, virgen (a él sólo le gusta eso), indescifrable, impasiblemente tácita, en suma, abrigo de la ceniza que hay y que ella es. Porque, abandonada a su soledad, testigo de quién o de qué, la frase ni siquiera dice la ceniza. Esa cosa de la que no se sabe nada, ni de qué pasado es portadora esa polvareda gris de palabras, ni qué sustancia vino a consumirse allí antes de apagarse (¿sabe usted cuántos tipos de cenizas distinguen los naturalistas?, ¿y de qué «bosque» semejantes cenizas a veces reavivan el deseo?), ¿se dirá todavía que algo semejante conserva una identidad de ceniza? En el presente, aquí y ahora, tenemos una materia —visible pero legible apenas— que, al no remitir más que a sí misma, ya no traza huella a menos que sólo trace al perder la huella que sigue siendo apenas.»

«Mañana te volveré a escribir en nuestra lengua extranjera. No

recordaré ni una palabra, y en septiembre, sin que la haya vuelto a ver, arderás. Tú, tú la harás arder, es preciso que seas tú.»

«Aunque es preciso saber quemar. Hay que ser un experto. Está también esa "paradoja" de Nietzsche —que lo convierte, quizás, en algo distinto de un pensador de la totalidad del ente—, cuando la relación de la ceniza con el todo ya no le parece regulada por la parte o por algún tranquilizador logos metonímico: "Nuestro mundo entero es la ceniza de innumerables seres vivos y, sin embargo, por poca cosa que sea el ser vivo con respecto a la totalidad, ya una vez, todo ha sido convertido en vida y así continuará siendo". Ahora bien, en otro lugar (La gaya ciencia): "Cuidémonos de decir que la muerte es opuesta a la vida. El ser vivo no es más que un género de lo muerto, y un género muy escaso"»

«Antes de mi muerte daría órdenes. Si tú no estás, sacan mi cuerpo del lago, lo queman y se te envían mis cenizas, urna bien protegida ("frágil") pero no certificada, para tentar a la suerte. Sería un envío mío que ya no vendría de mí (o un envío que vendría de mí, que habría ordenado pero ya no un envío de mí, como prefieras). Entonces te gustaría mezclar mis cenizas con lo que comes (café matutino, croissant, té a las cinco, etcétera.) Pasada una cierta dosis comenzarías a caer en un letargo, a enamorarte de ti, yo te miraría avanzar lentamente hacia la muerte, tú te acercarías a mí en ti con una serenidad nunca sospechada, la reconciliación absoluta. Y darías órdenes… Voy a dormir mientras te espero, siempre estás aquí, mi dulce amor.»

VIII

MILLONES DE AÑOS

aquí pasaron ya la noche y el silencio (que tardó en llegar) y millones de años —tendremos que aprender a negociar el desajuste horario— esperando tu escrito, pero el eternamente tuya me deja de nuevo estremecido, escalofriado, como las tiernas caricias de la noche anterior.

ahora, de cualquier forma, quiero leerlo —leerte— todo, volver a rozar cuanto antes algo que venga de ti: siento algo extraño al leer tu email, es como si en vez de perseguir el sentido de las palabras y las frases, estuviera mirando cautivado cada letra, sintiendo que detrás de ella estuvo en algún momento tu dedo, tu cuerpo, tus ojos, tu pensamiento, tu suave respirar, tu mirada hacia la pantalla observando mi nombre escrito en ella para, pensando en mí, lograr acariciar en el otro lado del mundo con cada una de tus pulsaciones —de teclas, de corazones— mi pensamiento, mi espíritu.

noto, diría, toda la telepatía —vaya, se me nota en qué estoy trabajando, ¿no?— que hace el trabajo, no de decirnos lo que queremos decirnos —que al cabo, no funciona tampoco de otra forma —, sino de traernos en estas palabras eléctricas un poco del uno al otro, un poco del cuerpo mismo del uno entregado para el otro, para darnos un roce que, de repente —pero desde tan remoto en el tiempo de la humanidad, que habría dicho Rilke—, se nos ha hecho tan querido, tan imprevisiblemente amado…

ven a mí, de nuevo, pronto…

voy leyendo ávido todo lo que me mandas y tus editoriales sobre el amor (el mito) y los muertos.

los poemas son preciosos.

te envío algo que te comenté al decirme que dedicabas a los muertos una de tus revistas —leído ahora tu sueño en ella—, es la escena final de Dublineses, de John Huston, que recrea el relato de Joyce «Los muertos», la he grabado de la televisión, así que no se verá muy bien, pero, al fin y al cabo, lo fundamental es el monólogo.

ps: te confieso —un poco avergonzado, a veces soy un poco simploide— que he puesto en mi escritorio tu mismo fondo, esto me hace sentir aún más que tu pantalla y la mía son dos salidas

comunicadas del mismo túnel, como si los dos escribiéramos en el mismo lugar, para lo mismo, quiero decir: el mismo «editor», la misma «revista» ;—)

¡COINCIDENCIA!

anoche, al regresar de cenar sushi, beber un poco de sake y de organizar algunos complots editoriales, intenté escuchar el monólogo de Dublineses que me enviaste y no sé qué sucede, empieza bien y de pronto se cierra el programa. como si una fuerza mayor dijera que no debo escuchar eso, o, por lo menos, que no debo escucharlo en este momento, qué raro, ¿no te parece? aquí tengo la película Solaris y tampoco he podido verla porque mi «ordenador» no reconoce el «código de área»… y así te podría enumerar tantos mensajes que, de pronto, no sé por que razón, permanecen encriptados…

en cambio, sí pude abrir tu texto sobre Rilke, el cual quiero degustar en una cámara ¿anecoica?, que yo misma haré sólo para recibir los pedacitos de ti que pueden viajar hasta acá.

y aunque no me creas, la canción me arrulla antes de dormir, no quiero escuchar otra, esa canción que me escribiste es una promesa de nuestro reencuentro, como la que me hiciste de Todas las mañanas del mundo…

me hace feliz que te divirtieras anoche, que me digas que no quieres perderte nada, que yo sea tu mar de pensamiento… y secretamente me estremezco al saber que tú y yo anhelamos ese silencio en el abrazo, compartimos un secreto que ni siquiera será revelado ni en tu charla, ni en mil charlas.

MI SECRETO, TU SECRETO

(quizás fue mejor que no pudieras abrir la música que te mandé, no es de tu estilo y es un poco infantil.) bueno, olvida Dublineses, tienes razón, acaso es demasiado melancólica (si te refieres a eso cuando dices «mi estilo», seguramente), a mí me gusta mucho el final, pero realmente no te la recomendé por otra razón que tu propio editorial.

Solaris es otra cosa, ésa sí que no debes dejar de verla —pero la de Tarkovski, claro—, creo que la forma en que nos aparecimos uno a otro puede tener mucho que ver con la forma en que el mar de pensamiento figura los deseos de cada cual, podría ser. la cuestión es cómo hacer realidad lo que comparece básicamente por efecto de una proyección en extremo intensa del deseo, bueno, ésta es al menos la cuestión central en el tema telepático, diría, cómo cobra cuerpo —ciertamente ajeno— lo que existe por pura economía de las intensidades en juego.

estoy sorprendido por el cúmulo de coincidencias —aunque el sushi que tú comías no era el que yo te preparé, me parece, el tuyo se quedó en el plato— que rodean también la conferencia telepática; de hecho, hay algo que se me escapa —y querría preguntarte si la propia Safaa te comentó algo—. En el escrito derridiano hay una referencia (muy epopéyica, diría) a una tal Safaa: ¿es pura coincidencia?,

¿qué relación tuvo con Derrida?, ¿pertenece eso al tipo de secretos que no desvelará ni una, ni mil charlas? pero quizás tú te hiciste buena amiga suya y te lo contó todo, ¿desvelarías ese secreto a alguien que está investigando el corazón de una cadena vertiginosa de coincidencias —en las cuales nuestro propio encuentro seguro que está comprometido: no olvidemos que la razón de nuestra cita fue precisamente que me pasaras la copia de una película que, al final, nunca me pasaste…—?

¿eres tú Safaa Fathy?

¿soy yo el que ha de hablar el día en que una carta desaparecida del ensayo de Derrida se llevó el secreto de la diferencia o no diferencia entre el saber y el no…?

cada día y cada minuto recuerdo el abrazo de pie, fugaz, junto a la ventana, al que te atraje y en el que por un instante me entregaste ese

silencio denso, hasta que se oyó el taxi —ése sí es el tuyo—.

en ese momento, realmente, no sabía si te impacientaba demasiado mi presencia allí, si estabas deseando que me fuese ya, o si en tu abrazo pude notar —o fue imaginación— que por un segundo se te escapaba un pensamiento que resonó con el mío: quédate para siempre…

DE UN CALLAR QUE DICE

no quiero olvidar el monólogo de Dublineses, quiero escucharlo en tus brazos.

el tema telepático… Safaa Fathy no soy yo, pero a veces pienso que pude haber sido ella… me llama Mariposa (dicen que es el otro nombre de psyché). Safaa también era el nombre de la madre de Derrida, creo que tuvo que escribir esa carta al futuro, el mensaje por otra vía —wrong address— llegó para crear al destinatario, esto es algo muy íntimo (también compromete nuestro encuentro, quizás no deba ser revelado).

hablarás de todas esas cosas en la sala de conferencias y yo estaré ahí, quizás como una mariposa que no podrás ver pero cuyo roce te hará cosquillas detrás de la oreja y se posará leve en tu hombro.

callamos no porque no tengamos nada que decir, sino porque no sabemos cómo decirlo.

el callar humano es un decir en potencia: «por favor, quédate para siempre…».

REPLY

bueno, me has dejado fascinado ¡dos veces! con lo de Safaa —por supuesto es sospechable «algo», hay algo tan extraño en toda la conferencia de ella—, y cuando hace referencia a esa frase es como si estuviera pidiendo que comprendamos lo que no va a llegar a decir… porque ese texto con la referencia

¡es realmente tan intenso! sé que esto no podrás decírmelo pero… ¿es Safaa Fathy hija entonces de Derrida? sé que cuando hable me estarás escuchando —aunque todo esto está empezando a darme un poco de yuyu: qué pinto yo en todo esto, es casi como una novela filosófico—policial, en plan Eco o El código Da Vinci, o la misma 2666, con la que para mí empezó todo el viaje y todo el interés por la telepatía, viajando a México—, como he oído ahora esa otra frase que ya antes creí —quise oír— y que ahora me ha dejado fascinado, por segunda vez en un mismo email.

ésta, por cumplimento del deseo: así que dijiste lo que yo creí oír —o lo dices ahora—, ¡qué importa ya!, en la telepatía siempre habla otro tiempo (y cuando siempre es ese otro tiempo, ¡siempre se hadicho entonces un millón de veces antes!): desearía estar a tu lado abrazado todo el día, sin moverme.

DESAPARECER

lee en silencio, lee a oscuras, lee en medio de esa penumbra en la que te vi por primera vez y en la que desaparecí en tus ojos, lee en este silencio nuestro, necesario para el descenso de los ángeles, en ese espacio sin micrófonos se abrió un pasaje (ahora lo sé) donde se encuentran nuestros dobles entre las sombras, ahí estás tú leyendo —quizás este mismo email…—.

no digas nada y deja que hable, no por mi boca sino por la de esa otra que antes habló por mí, que hace varios años amó por mí, que escribió mi historia en la tuya, en una conferencia que muy pronto habrás de dar y recuerda: «yo sólo me entrego al fuego y desaparezco».

RE: DESAPARECER

«yo sólo me entrego al fuego y desaparezco.»

no, no sólo tú, querida.

unos días antes de ir a México inicié un plan para escribir una novela, mi primera y única, el título habría de ser —tomado de Debord— In girum ¡mus nocte et consumimur igni, un palíndromo, (¿«damos vueltas en la noche y somos consumidos por el fuego» valdría como traducción?)

un día te contaré algo terrible que le ocurrió a mi hijo —bueno, no exactamente a él—, no pude seguir en un momento dado de mi escrito en el que era imposible evitar citar la referencia a ese sueño analizado por Freud: un padre despertado por su hijo a la voz de «padre, no ves que ardo».

qué es todo esto, yo simplemente pensaba que me había enamorado de ti. ¿eres mi novela, mi personaje? ¿eres quien me está escribiendo o eres la sacerdotisa de un hedonismo que, como el fuego en la noche, me consume de deseo —por tu abrazo, por tu cuerpo, por tu aliento—?

IGNORO

la verdad: no se qué está pasando, no sé por qué te digo todas estas cosas, de pronto no sé quién soy, ni a quién le escribo… esta historia ¿la estoy viviendo o es un sueño?

dime, ¿quién está al otro lado de la pantalla? ¿seguro que hay alguien ahí?

sin motivo aparente corren lágrimas que no sé ni siquiera si son mías o provienen de alguien a quien no conozco. ¿son tuyas, nuestras o provienen quizás del futuro?

RE: IG NO RO

lo único con lo que yo no puedo —y si tú no puedes con ello, mi mudez está en tus manos— son tus lágrimas, dios cuenta las de las mujeres, dicen que dice la Cábala. y no puedo enfrentarme a tus lágrimas, podría a cualquier otra cosa, pero no a ésa. no, al menos, sin estar cerca, para ser yo el que las cuente —mientras me las bebo, una a una…—.

SOSIEGO

ahora entiendo, creo que esta mañana lloré de felicidad ante la revelación de saber que existes en este mundo, que estás vivo y que has llegado a mi vida, no lloro por tu ausencia física: te siento emocional y psíquicamente a mi lado, caí fulminada, luego desperté y me sentí ligera.

(puede parecer un lugar común pero me gustaría dormir hasta tu regreso, y mientras llega ese día comunicarnos sólo en sueños.)

más tarde, al despertar, hice un rito para conmemorar nuestro encuentro, me vestí como aquel día para ir a tu hotel, en el centro de la ciudad: pantalón chocolate, playera café, tenis blancos.

si tu mudez está en mis manos, que sea ella la que hable: ¿qué es todo esto? ¿somos novela, personajes? ¿soy yo o eres tú quien la escribe? ¿o, simplemente, nos hemos enamorado?

mi suerte, mi corazón, mi cuerpo, mi vida está en tus manos, sea lo que sea me entregaré a ti como al fuego…

DANCE WITH ME

me alegra que las lágrimas pasen, aunque sea cierto

—lo es— que ellas pueden ser testimonio de cosas muy hermosas, y me alegro si, en todo caso, las has vivido así («las lágrimas ven», termina el texto de las memorias de ciego derridiano).

a veces siento que tú eres agente en todo esto (como si fueras ángel o envío, como en mi sueño—fantasía), y que sólo soy el personajillo de opereta que está en medio de algo que lo sobrepasa y tiene que comprender lo que, poco a poco, está descifrando, otras veces siento —como ahora, como en tus lágrimas— que tú estás en esto tan ahí, tan ciega y vapuleada como yo, que eres hoja tan llevada por el viento como yo mismo, que los dos realmente estamos siendo arrastrados como por un tsunami que no sabemos de dónde viene ni adonde nos llevará.

no quiero concederme que participo en nada más que en lo que («simplemente», dices) se ha iniciado entre tú y yo. silencio, deseo, amor, paz mutua, reconocimiento en la belleza de tus palabras, de tu piel y tu cuerpo maravilloso, en la dulzura con la que escribes, en la memoria de tu vestimenta—desayuno (café—chocolate—nata), en el deseo de haberbailado contigo aquella noche, de hacerlo todas las que me resten de vida.

lo que quiero decir es que, mira, no quiero nada grande ni misterioso alrededor, sólo algo muy intenso y nítido «estrictamente entre tú y yo», diría, sólo ese «simplemente» enamorarnos, y que ello no sea cifra de nada, que no seamos agentes de nada: no hay novela, ni escritura, ni revelación, ni trama otra en todo esto que el encuentro maravilloso de alguien a quien buscaba desde hace mucho tiempo, créeme que lo que amo en ti es muy simple y elemental, muy directo: la elegancia grácil de tu cuerpo delgado, flexible —promesa de amante exquisita—, la ligereza de tu voz, la ternura de tus caricias, la cadencia de tu existir sedoso, la tersura moral de tu comportamiento, tu extrema belleza, física y espiritual.

no sé cómo vamos a hacerlo, pero sé que lo quiero, nunca había echado de menos tanto algo que hubiera tenido tan poco, es como si la ley de la inercia mnemónica (que decide que se quiere mantener

durante tanto tiempo como se tuvo aquello que se ha perdido) no fuera lo que en modo alguno pesa aquí, no hay falta —y sabes que esto me gusta; me pone, te diría—, sino deseo como pura positividad, todo proyección, afirmación, todo hacia adelante.

eres como ese fantasma del que hablo en mis libros que no proviene de ningún pasado (ni nuestro, ni de nadie más) sino desde el futuro, para lograr hacer su eventualidad posible, efectiva.

seguramente nos hemos aparecido a nosotros mismos una noche viniendo, si acaso, desde nuestra propia vida futura, para hacernos saber que la queremos, que tenemos que lograrla, sueño con el día en que pueda volver a abrazarte y dormir contigo, y qué bien entiendo ese deseo de no despertar ni por un momento hasta esa vez, que lo haga en tus brazos, teniendo tus dulces caderas entre mis manos…

MAP DANCE

mmm, qué bonito mapa, me encanta volver a ver ese lugar en que pasamos esas pocas horas, la entrada déco con el taxista cotilleando cómo me despedías, tu impecable mesa —esas flores preciosas que me encantaría haberte regalado yo—, la rayuela multicolor de Mantxi —morirá en el intento, pobre— y nuestros rostros en los extremos del hilo—ariadno.

¿los peces son el último peligro que recorrer? ¿quién los fotografía? ¿la primera celda de puntitos es el cielo granizado cayéndose? ¿la segunda somos tú y yo bailando agarraditos en el bar de copas al que decidimos no ir? ¿el David es el de tu plaza apropiacionista? —descíframelo todo, pues no quiero perderme…—.

SÍ;)

¡¡¡¡has adivinado todo!!!!

al que mira los peces no lo conozco, quizás eres tú de espaldas, tampoco sé quién es el fotógrafo, dicen que era ciego, pero no estoy totalmente segura de ello… de alguna manera, todos los que capturan imágenes son ciegos y hacen millones de fotos para poder ver sus propias vidas, que se les escapan… a Mantxi le encantan los acertijos dibujados en el asfalto, el cielo granizado dos veces, una aquí y otra allá, ici et ailleurs. sólo nuestro encuentro es significativo, una vez desnudado de las sutilezas intelectuales y de los miles y millones de coincidencias, sincronicidades (llamémoslo como sea, me da igual), ahora sólo querría recorrer el camino trazado en el piso que me lleve a tus brazos y a tus besos…

insistes en que te lo diga, está bien, lo que amo en ti

—entre otras cosas— es esa manera de estar presente en todo, en cada palabra, en cada gesto, en cada cosa que haces y que dices, también in—tu—yo en ti a un gran amante, y si le hacemos caso a tu advertencia y el mar de pensamiento es tan grande, por qué no nos encontramos en La Habana o en cualquier otra isla entre tu cama y la mía.

piscis ¿de qué día, de qué hora? yo soy libra—piscis: aire y agua: una pompa de jabón.

DE LOS IDUS —¡¡CÓMO NO!!—

piscis del día que asesinaron a Julio César, los idus de marzo, de pequeñito cantaba en el coro de mi cole —aunque canto fatal—, y una vez actuamos con el grupo de teatro en un Julio César de Shakespeare más que decente, una de nuestras participaciones era un coro de advertencia y amenaza a César —uno de los hombres cuya biografía me parece más fascinante—, el caso es que nuestra admonición era:

«¡Guárdate de los idus, guárdate de los idus. César, guárdate de los idus de marzo!» —y siempre me pregunté por qué tenía que prevenir a mi héroe de mi propio día—.

¡aire y agua! siempre supe que eras pompa de jabón, ¿de qué día?

¿La Habana? —dios, eres un peligro (creo que no hay ciudad en el mundo que secretamente ame tanto)—, vale —lo que quiere decir que he empezado a pensar que si tú tienes alguna ¡dea más elaborada, please, please, tell me—.

no soy ni gran amante ni tampoco malo: simplemente soy un buen tímpano: escucho el sentimiento del otro hacia sí mismo, hacia su propia entrega, y soy un momento en el curso de su trayectoria, acaso podría calificar mi participación en ella como la propia de un «acelerador de partículas» o, quizás mejor, de un «intensificador de moléculas». pero eso, ya te lo digo, no lo hago mal.

y dime: ¿qué tal eres tú en estas cositas? ¿te consientes a ti misma morir de placer? —porque en ese caso, querida, estás muerta—.

RE: DE LOS IDUS —¡¡CÓMO NO!!—

¿morir de placer? hace mucho tiempo que estoy

muerta, ¿no lo habías notado?

¡he cometido una enorme imprudencia diciéndote lo de La Habana! aunque tengo muchas ¡deas y me encantaría La Habana contigo, cualquier rincón contigo…

no puedes ni imaginar la felicidad que siento cada vez que veo un mensaje tuyo en mi buzón.

RE:

pues éste, querida, este email, es el último del día. bien que lo siento : (

estaba esperando el tuyo impaciente para irme a dormir porque no quería hacerlo sin haberte leído y desearte descanso y paz, aquí ya es tarde y hace rato que ya no me sale una línea más —creo que he dado con una idea estupenda para lo de la telepatía, a partir de un escrito de Lacan que siempre me pareció fantástico, bueno, ya te contaré, estoy cansadito—.

soñaré contigo, te sentiré a mi lado, me acordaré de la suavidad de tu piel, de la ternura de tu cuerpo, de lo embriagador de respirar junto a ti y de sentirse en el mundo contigo, estoy deseando que vuelva a pasar…

¿muerta dices?

(te juro que no sabes lo que te espera, me muero sólo de imaginarlo…)

MILLONES DE COSAS

1

tu charla me ha encantado, hechizado y conmovido, antes de leerla, antes de escucharla (porque la leí en voz alta para mí) ya sabía que sería perfecta, la imagen del vuelo de las aves es hermosa, todo lo que dices… de muchas maneras me sentí, y me siento, en ella contigo, sólo me entristece un poquito no haber podido estar ahí.

2

¡Escrito a lápiz! eres un picaro además de insaciable y muy vengativo! —bueno al menos me lo advertiste—, me gusta mucho Walser, he leído casi todo… ayer, paseando por unos blogs, encontré una foto en la que yace muerto sobre la nieve, en un ángulo que nunca antes había visto, a su lado estaban unos niños haciendo un muñeco de nieve, no, en serio la historia del lápiz, la historia del cuento, la historia de la alumna es bonita pero me dan celos… (esto sí es algo nuevo para mí.)

3

al igual que tú, puedo ser insaciable, pero no posesiva ni celosa, por lo menos hasta hoy ;—)

4

me hace muy feliz que vayas a la playa, que veas el mar, el sol, que estés con tu hijo, que le des mucho amor, que disipe la duda de si tiene o no un padre amoroso, que compartas con él lo que eres… un ser maravilloso.

esa noche, que fueron como mil noches, me contaste de tu vida actual, de la pasada, pero también de la futura. quiero escuchar tus sueños, poco a poco yo también te iré contando los míos…

5

porque sí «quiero que nuestras vidas se entrecrucen no sólo del lado del balcón del no—tiempo, en que ya habitan y se asoman juntas, tomadas de la mano».

eso que dices de la locura de amar o de colgarse de algo que conocemos tan poco o que ha sido tan fugaz y frágil… también me hago mil preguntas, te confieso que nunca antes me había pasado, nunca le hablé así a un desconocido en una sala de conferencias, nunca un desconocido me fue tan conocido, casi como una parte de mí, nunca llevé a mi casa a alguien con quien apenas estuve unas horas y, menos aún, dormí —no por recato, simplemente: no me había pasado— y me sentí tan plácida y deliciosamente… creo que por eso no pude soportarlo cuando me di cuenta de que ya no estabas aquí, y la idea de que para volver a vivir una noche como ésa no sé cuántas noches de ausencias deberán transcurrir, me desespera, te escribo de esta forma y te digo todo esto sólo porque de alguna manera creo que ya te amaba desde siempre y me siento literalmente «poseída»…

(suena muy delirante, pero es la verdad.)

si eso pudo suceder en tan pocas horas, no me parece imposible que nos amemos en este y en el otro mundo, en el mío o en el tuyo o en algún otro que nos inventemos para cumplirnos las promesas del día y de la noche.

dime: ¿tú crees que tendremos la fuerza y la paciencia necesarias para ir poco a poco, lenta, silenciosa, deliciosa y decididamente a nadar en ese platónico mar nuestro?

voy a extrañarte los días que no estés en la habitación de al lado, en la que se ha convertido tu casa, pero me gusta imaginarte al aire libre, saberte compartir con tu hijo y buscar con él esas cosas profundas que, más allá de las convenciones de la filia y la paternidad, los puedan acercar.

RE: MILLONES DE COSAS

sí, seguro que tengo un montón de nuevas historias para telepatía 2.0, la muerte de Walser en la nieve es magnífica, por supuesto, recuerdo que leí una novelita de dos niñas que se amaban, y por alguna razón una de ellas se tumbaba en la nieve del jardín hasta que la otra llegara, no sé si moría, no lo recuerdo, pero la historia era muy hermosa también.

te aseguro que no tienes por qué tener celos de mi alumna, de cuando en cuando hacemos intercambios epistolares por email, no la veo desde hace muchos años y el número de emails que entre tú y yo hemos intercambiado en estos pocos días supera con creces, seguro, todos los que en todos estos años pueda haberme intercambiado con ella, así que no hay caso, ni venganza ;—)

me alegra mucho que te haya gustado la charla, en realidad tengo la sensación de haberla escrito en trance, en un trance en el que tu pensamiento estaba ocurriendo en el mío, los dos entrelazados, en cierta forma, con el de Safaa, con el de Derrida, con el de Freud mismo, si mitógrafo, amada mía, lo soy en realidad de esas geografías que me has mostrado a medias, en las que me he asomado al mismo tiempo atemorizado y fascinado.

siento que en cierta forma volvemos a la experiencia de la extrañeza —en la familiaridad absoluta—, que fue donde nos encontramos, ¿cómo es posible todo esto? —sólo de la forma en que lo es, con una naturalidad esplendorosa y sorprendente, con una simplicidad y evidencia incontestable—.

tengo realmente muchas ganas de ir al mar, de pasarme el día tumbado en una playa, leyendo, estoy haciendo las maletas, encantado, preparando mi portátil, en fin, muy contento.

te escribiré todos los días, seguro que encuentro el modo de mandarte mis emails, si no tengo otra, pisaré por primera vez en mi vida un cibercafé… (mejor escríbeme a esta cuenta, que me es más fácil mirar en web).

la verdad es que ayer tuve un gran éxito, casi te diría que es la primera vez que de verdad lo tengo en mi propia ciudad.

en algo, sé que te lo debo, que te debo buena parte de la charla —

sobre todo, con el ensanchamiento que le iré dando para México—, pero también la paz, una extraña y profunda paz que no me ha abandonado del todo desde que pasé aquella noche contigo.

siento tu llamada al otro lado del mundo y un deseo intenso de correr a tus brazos, a tu amor, a tu abrazo.

si yo soy mitógrafo, tú eres mi mito —mi único mito…—.

¡!

claro que me lo debes ;—) ¡dicen que la mujer inventó la escritura!

tengo hambre y eso me pone de un humor ¡terrible! estoy esperando a una amiga que viene a comer a casa, créeme, nunca nunca me dejes pasar hambre, me vuelvo un monstruo de mil cabezas.

tu mito en rebeldía.

RE: ¡!

mito más amado (tanto más cuanto más rebelde), creo que me encantaría —por un momento— verte así, hecha un monstruito y muerta de hambre… no te imagino… partes de mi cuerpo tiemblan, de los meñiques a los lóbulos de las orejas ;—)

¿crees de veras lo que dices —que la mujer inventó la escritura—?

pienso en ti a todas horas, cuando duermo tengo nostalgia de sentirte a mi lado—

estoy acabando de preparar maletas, ayer discutí con mi ex (me retrasa la entrega de mi hijo hasta después de comer, con lo cual voy a llegar a la casa de esos amigos con los que pasamos noche en la costa casi a mesa de cena puesta, lo que está fatal), reconozco que eso me puso un poco de mal humor (nunca retrases la entrega de mis hijos, me vuelvo un monstruo de mil cabezas), y luego me fui al seminario, a escuchar a otros ponentes, estuvo bien, aunque, realmente, la gente que está metida en la reflexión tecnológica no se entera de mucho.

¿te he dicho que pienso en ti a todas horas? —cuando me despierto y desayuno sigo teniendo nostalgia de sentirte a mi lado…—.

también estuve comprando novelitas para el viaje: Los detectives salvajes de Bolaño, que nunca había leído, y El gran vidrio de Bellatin, al que conocí en el DF. un personaje inquietante, ¿no?

te beso, te beso mil veces, te beso.

y me voy a seguir haciendo maleta (y ordenador), en cuanto termine te beso más.

¡QUIERO TÍTULOS ORIGINALES!

… y una foto tuya, que me demuestre cómo va el bronceado.

¿te llegó la peli?

¿loco—loco? el sexo que tuvimos sin tener, y el ser tuya aunque voy a serlo más y muy pronto, y no te sentirás solo ni un minuto (ahora que has regresado a la habitación de al lado), silencio puedo darte todo el que quieras, y guardarte toneladas, no se echa perder, ni tiene fecha de caducidad.

no creas que estoy un poco loca, en realidad estoy muy loca, deliro a todas horas imaginando cómo de tu mano descubro la terrible y sublime ciudad en la que vivo, ayer vi un bar al que juré no entrar nunca si no es contigo, me pareció el lugar más hermoso de esta ciudad que poco a poco se hunde…

pero lo que no pude hacer es sumirme en el sueño gracias a unos simpáticos cineastas que hicieron un alboroto toda la noche bajo mi ventana, con camiones y todo tipo de máquinas infernales.

si no duermo puedo perder el juicio…

deliro, deliro, deliro para entretenerme y hacer corta la espera…

desde el otro lado del espejo:

;-) (-;

RE: QUIERO TÍTULOS ORIGINALES

mi título —me atrevo a contártelo, aunque cada vez tengo más dudas de que sea capaz de escribir novela— sería Hotel Abismo, en homenaje a la conocida polémica Adorno—Lukács. algo habría de ello, digamos que sería un retrato muy irónico de la vida de los intelectuales de nuestro tiempo imaginándose a sí mismos en el colmo del compromiso y el antagonismo, pero realmente sumidos en la más pobre y vacía frivolidad, realmente no es muy original, supongo que el título tampoco, me imagino que lo habrán usado centenares de malos primeros escritores, como yo mismo.

me hace gracia lo que me cuentas del equipo de filmación en tu calle: en la mía hacen lo mismo cada poco, una o dos veces al mes. algo más que confirma que estamos en la habitación de enfrente, me gustaría pasar la pantalla, aunque sólo fuera para un abrazo y un beso largo, húmedo y profundo, en el que nos quedáramos dormidos, con las piernas entrelazadas.

ya sé dos cosas de ti que nunca debo permitir: que tengas hambre y que te falte sueño, prometo que por mucho que en la noche se nos alarguen los besos y abrazos, te dejaré dormir horas y horas, y sólo te despertaré cuando tenga en mis manos una bandeja llena de croissants…

aún no ha llegado la peli, estoy deseando… ¿tienes una transcripción de la banda sonora, del guión?

por cierto, no te conté: en uno de los viajes con mi hijo nos caímos de la moto, y nos hicimos algunos pequeños arañazos, tengo el cuerpo un poco vapuleado, pero bueno, la verdad es que nos lo pasamos muy bien, y la pequeña caída incluso nos unió, lo de ir a que nos curaran las heridas, bueno, fue una experiencia muy de padre—hijo, lo que tiene que hacer uno para ser algo para lo que no nació… ;—)

te beso —ese beso húmedo dulce y profundo en el que me quedaría horas dormido en tus brazos—.

CUERPO VAPULEADO

debería estar ahora cubriéndote de besos y caricias.

¿por qué no escribes esa novela, esa historia; con ese título? sin duda, deberías hacerlo.

de pronto, el tiempo se hace lentíííísimo y me parece que tu venida será dentro de un siglo, creo que cuando llegues ya no habrá ciudad, ni bares, ni nada para mostrarte…

¡asómate un poco por aquí!

¿puedes percibir el aroma de lo que he cocinado hoy?

me quedo en ese beso dulce profundo, cápsula del tiempo hasta que llegues, te sientes en la mesa y pruebes lo que he cocinado para ti.

¿QUÉ HAS COCINADO HOY…? (¡DIME!)

yo he comido en un sitio de noodles una pasta de arroz riquísima con verduritas al wok.

¿has cocinado verduritas al wok? estoy en esa cápsula de tiempo, fundido en ese beso amniótico^y inmerso en ti, y creo que no volveré a salir de ella hasta aparecer en tu cocina —para tomarte de las ca eras tras acabas de darle la última vuelta a lo que se cuece en la cazuela… —.

¿verduritas al wok?

(el único aroma que consigo percibir viene de tu dulce cuerpo.)

CAPSULITA

mmm, arroz thaí…

¿qué hago? trabajo, pero no para ti, ni para mí, sino para Canclini : —(

en una semana tengo un seminario—taller sobre «los otros extranjeros», se refiere entre otros a los «extranjeros digitales», la cosa es en Buenos Aires, y debo escribir un texto en respuesta a otro suyo, para llevar las posiciones a confrontar un poco vistas, casi estoy acabándolo, no quiero enrollarme mucho (el tema, la verdad, me cansa), antes tengo una conferencia en un ciclo que organizan en El Escorial sobre la memoria (y me apetece mucho más), quiero escribir sobre la relación esencial que existe entre memoria y arte, y entre autonomía de lo artístico y ciencia de la historia como paradigma dominante de un saber sobre arte, en tanto que práctica que usufructúa ese impulso mnemónico propio del arte, bueno, un rollito también, pero reconozco que éste me gusta más.

me encantaría dejar de trabajar un rato y tumbarme contigo en tu sofá triangular.

aquí hace un veranito maravilloso, es la hora de la siesta, creo que me desnudaría y te desnudaría y te haría el amor toda la tarde, aunque supongo que tendría que esperar, si allí es de mañanita aún ; —)

esta tarde he quedado con algunos amigos para ir al cine, luego a cenar, y a bailar toda la noche…

cómo me gustaría que estuvieses a mi lado.

LUZ Y MÚSICA

¿me harás la crónica? ¿qué viste en el cine? ¿qué canciones bailaste? ¿cuál fue tu bebida de la noche?

hoy no tuve fuerzas de salir a perderme, bailar menos, no tengo ganas, me duele todo el cuerpo, pero sí me gustaría que me contaras cómo te has divertido tú en el verano madrileño.

tú desvanecida y con el cuerpito vulnerable…

RE

mi amada desvanecida —de cuerpito vulnerable—, espero que tu dolor no venga de nuestros excesos de ayer ;—) y que te encuentres mejor, me encantaría darte abrigo y calorcito en él con mis abrazos.

vi Red Road, una peli muy buena, hecha a partir de instrucciones de Von Trier, cruza de una manera muy interesante dos miradas: la de una cámara de vigilancia y la de los ojos directos de una empleada de seguridad, mostrando cómo un mismo escenario de actividad (en el que una historia bastante tremebunda implica directamente a la vigilanta) puede ser visto de dos modos muy diferentes, luego nos fuimos a cenar a un restaurante de comida típica de Nueva Orléans: tomates verdes fritos y cosas semicarbonizadas —pero riquísimo todo —, y luego bebimos gintonics como locos (yo siempre bebo gintonic, salvo que haya mezcal o tequilitas) en un bar muy underground y con música tipo britpop pero duro, fuerte, tipo The Strokes, cosas así (en realidad es la música que me gusta), no hubo mucho baile —era más bien un sitio de copas—, pero sí nos divertimos mucho (y la verdad es que yo bebí bastante, hoy estoy un poco resacoso).

no sé si voy a ser capaz de terminar el texto, pero debería, además tengo que ir a llevarle a mi hijo su móvil y recoger un pantalón que se quedó en su maleta, no me apetece mucho ver a mi ex, creo que soy demasiado feliz como estoy, y verla me hace sentir vulnerable, como tu cuerpito…

pero bueno, antes que nada me voy a comer, necesito que se me pase la resaca y coger fuerzas.

CUERPOS VULNERABLES

ajá, ¡copitas y cañitas! y ahora andas con resaca,

¡pobre! te haría un caldito de camarón… con muy poco chile pero poderosísimo (un levantamuertos). seguro que no tienes paladar para el picante, ¡qué penita me das!

¡me alegro de que te hayas divertido! hazlo siempre, y también escribe tu texto…

¿terminaste mal con tu ex? ¿todavía estás enamorado? perdón que pregunte, pero quiero saber… es más, no recuerdo: ¿me dijiste que vivías con alguien o lo imaginé cuando estábamos en el bar de los mezcalitos pero lo bloqueé en mi mente?

¿eres demasiado feliz solo, sin tu ex o con la que vives?

muchas preguntas para dos cuerpos vulnerables, pero mejor saber…

RE: PERO QUIERO SABER

mmm, ¡un levantamuertos! vale, tengo que probarlo (sin chile…).

no terminé demasiado mal con mi ex. cuando me fui estaba bastante enamorado, supongo, pero no soportaba la vida que llevábamos, y supongo que menos aún soportaba que, sabiendo ella que yo no soportaba ya más esa vida —que acepté llevar por ella—, ella misma no estuviera dispuesta a cambiarla, a que la cambiáramos ambos, unidos, para no perdernos, así que cuando vi que no era así supe que debía irme, y me fui. hace un año, más o menos, creo que ya no estoy enamorado de ella, en absoluto, aunque reconozco que todavía me queda resentimiento, y supongo que eso sigue demostrando un amor no superado del todo, pero queda bien poquito, dentro de poco podremos ser buenos amigos y que eso sea todo.

vivo solo.

te dije que había comenzado una relación hacía unos meses, es alguien que realmente me ha ayudado mucho, creo que nunca podría vivir con ella —sé que no es mi destino, no sé cómo explicarte—, pero me hace sentir muy querido, mi relación con ella ha atravesado una fuerte crisis desde que volví, no he sido capaz en este tiempo de verla, porque pienso en ti. cuando empezamos a escribirnos sentí que tenía que romper mi relación por lo que estaba naciendo entre nosotros.

pero la verdad es que no he sido capaz de contárselo, tampoco de romper, pese a que tampoco me sentía capaz de estar con ella, llevamos todo este tiempo como con excusas, buscándolas para no encontrarnos: he tenido un par de conferencias y mucho trabajo, y le pedí que nos diéramos un tiempo.

ayer salí con ella —y otra pareja de amigos— y esta noche he dormido con ella.

me alegra que me preguntes, porque no sabía cómo decirte, y realmente me sentía mal. no tanto por hacerlo, sino por no decírtelo, es cierto que recordaba haberte hablado de que tenía esa relación, pero nunca te dije más. tampoco te he preguntado a ti —más allá de lo que me contaste sobre ¿Otto?—, ni te lo pregunto ahora, la verdad es que no me importa, de alguna forma siento que lo que ocurre entre nosotros no concierne a ningún tercero, o cuarto, pero en eso tú

también debes decir qué piensas, lo que sientes.

creo que ahora sé que no quiero romper mi relación, ella me quiere, y no puedo estar solo, tan solo.

te dije que quería saber lo que significábamos el uno para el otro, y ver cómo podíamos construir realidad alrededor de ello, todavía quiero saberlo, creo que no hay nada en el mundo hoy por hoy tan importante para mí como llegar a descubrirlo.

son muchas preguntas, sí —y acaso alguna respuesta—, para dos cuerpos tan ciertamente vulnerables, pero tienes razón, mejor saber…

no sé, hoy todo el día he notado tu silencio, quizás ya sabías antes de que te respondiera.

LEVANTANUERTOS

es muy fuerte lo que me dices, aunque creo que lo entiendo, también puedo entender que no quieres estar solo, la distancia geográfica que nos separa es grande.

ahora no puedo darte más que una entrega desvanecida en un email, en una foto, en un anhelo que es una proyección, un deseo cuyo futuro es incierto.

te contaré de mí: hace poco comencé a salir con Otto, pero nunca he podido entregarme verdaderamente a él. aunque es un chico inteligente y cariñoso, me gusta estar con él. pero el día que me propuso ir a una reunión familiar para conocer a sus padres, me quedé convertida en estatua de piedra, no surgía en mí el entusiasmo, él se dio cuenta, me lo reprochó varias veces y al final se despidió de mí. me dolió, pues nos lo pasábamos bien juntos, pero al poco tiempo me sentí liberada, sabía que esa relación no iba a ningún lado, y ahora hasta se lo agradezco, porque fue sincero y me confrontó con una parte de mí misma que me rehusaba a admitir, también resultó curioso cómo coincidió esa ruptura con tu irrumpir en mi vida, y cómo muy poco antes de tu llegada a México él empezó a salir con esa chica que conociste: «tu lectora fan», a la que rehusaste dedicar el libro, fue bastante extraño que fueran ellos los que te entrevistaran pocos minutos después de salir de mi casa, antes de marcharte al aeropuerto.

en este momento de mi vida no estoy en ninguna relación, como si por primera vez me sintiera en paz. tampoco estoy cerrada a salir y a conocer a otros chicos.

ahora, ¿qué significa aquello que nos estremeció en unas pocas horas? ¿a dónde nos llevará? ¿qué podemos hacer con ello? no lo sé. creo que tú tampoco lo sabes, quizás lo único que sabemos es que queremos descubrirlo, a lo mejor ya lo sabemos y nos asusta un poco… sería incapaz de pedirte que rompieras tu relación, aun sabiendo por tus propias palabras que no es tu destino, como tú no puedes pedirme que no salga con otros, ninguno de los dos quiere ser injusto o egoísta, es difícil renunciar a lo que no se tiene y es sólo promesa, pero más difícil a lo que sí se tiene, ¿verdad? en ese sentido

entiendo, aunque se me haga un nudo en el cuerpo, que trates de ser feliz ahí. así que hazlo… pero no me cuentes ni me des muchos detalles ;—)

DELIRIO O CORDURA

creo que no fui muy clara en mi anterior email, me quedé un poco vapuleada con lo que me contaste, y es que estamos enfrentando cosas que ya sabíamos o no, pero intuíamos y estábamos tratando de evadir.

intentaré traer claridad a mis pensamientos…

sé que tú estás allá y yo acá y que la vida continúa, no podemos detenerla… ¡es el riesgo que corremos!

para mí es muy duro escuchar que has dormido con otra mujer, aunque es algo que quizás sospechaba y que me daba terror escuchar, pero prefiero mil veces saberlo y enfrentarlo, no sé cómo decir esto sin que suene raro, me duele que estés con alguien, ¿cómo no me va a doler?, y que me digas que no vas a terminar esa relación, por un lado hay algo inaceptable en ello, pero por otro quiero que vivas, que ames, que seas feliz; y si es conmigo sería la dicha infinita para mí; pero si no lo es, tendré que aceptarlo.

es algo tan extraño, que ni yo misma entiendo.

¿estoy tan loca como para renunciar? sé que te amo, y aun sabiéndolo te digo: sé feliz.

¿o estoy tan loca para amarte tanto y creer tanto en ello que, incluso dejando la puerta abierta a la vida y a lo que me traiga, te digo: aquí estoy, sigo viviendo mi vida, te he esperado desde siempre? si es así, ¿qué más da esperar un poco más?

puedo asumir cualquiera de las dos opciones, porque ambas se sustentan en algo recién descubierto: la posibilidad de la entrega, y esa posibilidad tan real es tan fuerte que sólo puedo aceptarla en absoluta libertad.

en ninguna de las dos opciones que veo (quizás tú ves otras y las puedes compartir conmigo) está contemplado el fracaso, si no, ¿qué sentido tendría? ninguno de los dos queremos vidas a medias ni amores a medias.

creo que así será posible, pero sólo tú puedes confirmar esta creencia.

dime: ¿es delirio o es cordura?

RE: DELIRIO O CORDURA

mi amada, creo que has sido muy clara en los dos emails, tal como yo lo veo, no creo que debamos pedirnos renuncia. ninguna renuncia, el amor nunca debe pedir renuncia, porque siempre fracasa en ella, ésta es al menos mi experiencia, el saber que extraigo de ella.

nuestro amor no es así. nuestro amor, lo hemos dicho, nos llama desde el futuro, debemos dejarlo llegar y escuchar lo que nos traiga, esto es lo que yo siento, es cierto que tenemos un pasado, que nuestro amor tiene ya un pasado, pero sobre todo es un pasado—instante en el que, por primera vez, se nos apareció algo que quería, que aún quiere, llegar a ser. algo que, en efecto, todavía está por llegar.

escuchamos en nuestras palabras, en éstas que nos escribimos, y en la breve memoria de nuestros cuerpos rozados, y sabemos que en ello hay mucha promesa, mucha armonía, mucho parecido entre nosotros, mucho destino.

pero, ciertamente, nos queda saber cómo traerlo, cómo entretejerlo en nuestras vidas, cómo hacer que tenga que ver con la historia viva de nuestros cuerpos en el mundo real en que vivimos, en la realidad que habitamos, nos queda antes que nada saber cómo vibrarán nuestros cuerpos entregados a su deseo mutuo, primero, y cómo y qué seríamos capaces de hacer en nuestras vidas para alcanzar esa entrega total en la que creemos.

para mí la ruptura de mi matrimonio fue muy dura, creía en él con todas mis fuerzas, entregué mucho a su causa —mucho, más de lo que puedes imaginar— y vi que esa entrega se convirtió en inútil, porque las circunstancias en que uno y otro deseábamos vivir no eran conciliables.

durante años renuncié a vivir como yo mismo deseaba, creyendo que por encima de todo había de estar el amor que sentía, y que todo debía serle sacrificado, que por él debía renunciar a muchas cosas, lo hice, y el resultado fue que comencé a odiar, sin darme cuenta, la vida que llevaba y el matrimonio que me la traía, y que ella también empezó a odiar ese odio, y detrás de él también nuestra vida y nuestro matrimonio, al final, un amor muy intenso y dulce se convirtió en odio mutuo, en vida irreconciliable.

contigo siento que eso nunca sucedería: que además de sentir un amor que ni siquiera con el que sentí entonces puede compararse, un deseo de unirme a tu cuerpo y a tu vida que con ningún otro puede compararse, tengo la impresión profunda de que quiero exactamente lo mismo que tú en la vida, en el cada día, que siento lo mismo cada mañana al despertar, al asomarme a la ventana, al sentarme a leer o escuchar música: que nuestras vidas se conciliarían con la facilidad de lo vivo, que seríamos capaces de entregar lo que hiciera falta cada uno para hacerlo posible, real en el mundo, y sin que ello supusiera nunca renuncia, sino entrega.

pero que seamos capaces de anticipar esto, sin hablarnos un millón de horas mirándonos a los ojos para decirnos lo que de verdad y en lo profundo de nuestras almas queremos de la vida, sin saber a qué no queremos renunciar y qué estamos dispuestos en cambio a entregar, sabiendo distinguirlo muy bien… que seamos capaces de anticipar todo esto sin siquiera habernos besado realmente sobrecogidos de pasión y mutuo deseo, sin tampoco haber hecho el amor como para saber con certeza cómo nuestros cuerpos se dan mutua satisfacción, tú lo dijiste, es locura.

no, tenlo claro, no quiero renunciar al amor perfecto que se anunció en la promesa que vivimos en la intensidad dulce y tierna de aquella noche, en la sospecha de deliciosa componibilidad de nuestros espíritus que siento en tu escritura, en tus palabras.

pero en fin: si así ha de ser, aceptaré y compartiré cualquier opción que tú elijas, porque sé que lo harás desde la voluntad de honrar aquello que hemos encontrado, que nos ha encontrado desprevenidos, un amor tan dulce y perfecto como nunca encontraríamos ni habrá uno parecido, y no, no me parece delirio que a su altar puedan llevarse dos opciones en apariencia tan diferentes, en todo caso, renuncia o espera eligen el amor: antes la felicidad del otro que la propia, en la conciencia de que sin la primera la segunda no es posible.

AMANTE AMADO

tienes un gran poder sobre mí, que el tiempo nos alcance y nos lleve hacia el destino que se nos tenga reservado… tu amada despreocupada

RE:

no yo: tú lo tienes, tú traes esa serenidad que nos brinda el reposo y la fuerza viene de ti. o viene tal vez de ese encuentro ya ocurrido en el futuro (pero yo… ¡yo soy un desastre!) ¿sabes cuántas veces en mi vida me he visto estremecido por esa escena de Blade Runner —la huida—promesa—de—eternidad para el amor de Deckard y Rachel— y la hermosa música de Vangelis que me enviaste?

eres tú la que tiene un inmenso poder sobre mí, el de conocerme anticipadamente en el hombre bueno (o sabio, o certero, o amoroso) que soy sin saberlo… (sin saber serlo) hasta que te encuentre y en ello te ame tanto que no sepa estropearlo, mi amada mariposa.

UPS

bueno, está muy bien eso de que te sumerjas en reflexiones sobre arte y archivo, un poco de distracción y cenas con amigos no está mal ;—) pero sobre todo ejercita la memoria… ¿me escribirás cuando hayas recibido el sobre, cuando hayas visto la peli? ¿me escribirás como siempre, sin olvidarte nunca de mí?

RE: UPS

ya sabrás (sobre todo si has ojeado alguno de mis textos) que soy malo para la memoria, especialmente para la de archivo, será por eso que precisamente escribo sobre la potencia de las de proceso —sobre las memorias RAM—, pero tengo tus fotos y tengo tus palabras, y aunque mi memoria de recuerdo es floja, estás en todo momento en mi pensamiento, en mi memoria activa, recuérdame también tú, escríbeme, para que siempre te tenga en mi pensamiento vivo.

nunca podría —nunca podré— olvidarme de ti. sería olvidarme de mí, de lo que un día al conocerte sospeché que soy, que puedo llegar a ser…

a tu lado.

AND FURIOUS

… mmmm
¿estás de mal humor?

NOT FURIOUS

pero ¿qué dices, mi amada? ¡como no sea con el conserje! estaría de un humor excelente si ayer hubieras aparecido en mi conferencia, o al volver me hubiera encontrado la peli :)

aunque, para ser sincero —puede que tengas razón—, no me apetece nada ahora un viaje a Buenos Aires y diez días más saturados de trabajo (está siendo el final destrozón de un curso agotador), pero… todo podría cambiar como de la noche al día… mmm… ¿te vienes? (mi mariposa…)

FRÁGIL

hoy era un día que prometía ser agradable, en la mañana hice varias gestiones que tenía pendientes y todo marchó perfecto, se resolvió lo del envío y recibí tus emails, que siempre, por breves que sean, me llenan de felicidad (transmiten una sensación de calidez cómplice) y hacen que me sienta cerca de ti.

luego fui a la casa refugio, imprimí un montón de textos que debo revisar, comí ahí mismo con el director de aquel instituto (¿recuerdas?), en un jardín muy agradable, y platicamos acerca de mi colaboración.

mis amigos me ven tan feliz que dicen que hay que darme una beca sólo por existir, y estoy de acuerdo con ellos ;—) pero de pronto apareció un amigo, el escritor de El gran vidrio, el libro que tanto te gustó, y me dio una noticia terrible, una amiga común que estaba en el Pacífico con su esposo tuvo un accidente y murió, es terrible, nunca había visto una pareja más enamorada, ella lo amaba muchísimo y él la amaba más. nos quedamos en shock y nos fuimos juntos al velorio, qué desolación, ver aquel derrumbe, ahora regreso a casa y, la verdad, no sé qué hacer.

perdona que te cuente esto, era un día que parecía normal, con sus sorpresas, como las que sólo tú puedes darme cuando me haces esas confesiones que me estremecen, un día que prometía cosas agradables, conocidas, rutinarias, aburridas, nada más…

¿por qué todo es tan raro?

me voy a dormir ahora, espero que más tarde aparezcas en mi sueño y me lo expliques.

RE: FRÁGIL

qué tremenda noticia, amada mía, cómo lo siento, sobre todo por tu cercanía, la historia es terrible.

lo que contabas al principio —de tu felicidad, de tu reunión— comida de trabajo— me parecía tan esplendoroso, te reconozco tanto en todo ello, noto tanto la suavidad de tu existir, esa dulzura silenciosa de la que me enamoré…

¿por qué todo es tan raro?, preguntas, es extraño, pero aunque sentimos ser algo muy importante en el estar ahí del universo, lo cierto es que nuestras existencias —y la de nuestras palabras y nuestros pensamientos— no son nada distinto al agitarse de las hojas en los árboles cuando llega el viento, quizás por eso sea tan importante sentir el amor, sentirse cerca de alguien a quien amamos, porque a su lado eso se vive con tanta intensidad como certidumbre, con tanta lucidez como apasionamiento…

si estás en tu sueño duérmelo profundo, desde aquí toda la fuerza de mi pensamiento quiere llegar hasta ti y darte un abrazo…

HOJITAS

dormí muy profundo, ni siquiera recuerdo qué soñé o si soñé algo.

tienes razón, aunque nos resistamos, no somos muy diferentes a unas hojitas que el viento mece, tampoco creo que seamos algo más importante.

no te conté algunos detalles curiosos del día de ayer, durante la comida, antes de enterarme de la terrible noticia de la muerte de nuestra amiga, el director del instituto, de pronto, sacó del bolsillo de su chaqueta una caja de medicinas y me dijo: ¡ah!, me olvidaba, aquí está el pago pendiente, un gesto como de abuelita y una risa nerviosa. y yo me reí también, porque jamás me habían entregado dinero dentro de una caja de medicinas: «keflex 500 mgr.». mira que he visto cosas raras en este país pero eso… así que, sin inmutarme, puse la cajita a un lado de la mesa, ni modo que la abriera para ver si las pastillas estaban completas ;—) dejé que la conversación y la comida transcurrieran como si aquello fuera normal, ¿me habrá querido decir quizás que el dinero cura todos los males, y, como buen psicoanalista lacaniano, habrá intentado tratar mi malestar en la cultura, o a la inversa? imposible saberlo.

otro detalle: el escritor de El gran vidrio y yo estábamos vestidos de un rojo quemado poco común y así nos fuimos al funeral, como dos llamas encendidas, qué extraña coincidencia, ¿no te parece?

es verdad que la muerte no se puede explicar, pero acaso se podría hacer un intento por aceptar esa experiencia de otra manera, la religión católica ofrece la peor de las opciones, la peor de las respuestas, el peor de los consuelos.

estoy leyendo la tesis de una amiga sobre la metáfora y el teatro, y en ella cuenta que los etruscos hacían unos ritos funerarios en los que usaban máscaras con las que representaban al muerto y a las personas allegadas, dicen que en esos ritos se originó el teatro…

ahora pienso que para existir necesito tu certidumbre y tu apasionamiento como una hojita de árbol necesita del viento para emitir el sonido casi imperceptible de ese roce, esa cosquilla en el que también se reflejan tímidamente los rayos del sol…

UN POEMA

me llegó mientras nos escribíamos hace un par de días, es de Pavese. no es que sea mi poema favorito, pero me pareció sencillo y claro, me gustó, además de su aparecer inesperado en mi buzón, su título… ¿otra casualidad?

te cuento algo, ayer hice una travesura, era el día previsto para la intervención de tu amigo historiador del arte en el diplomado que organizamos sobre las genealogías del arte, él llegó temprano, antes de la hora, fui para asegurarme de que no nos dejaría plantados, lo vi llegar pero no entré a su curso… me dio muchísima flojera escuchar todo ese inmenso compendio de saber y me escapé para asistir a una pieza de danza de Joseph Nadj.

fue brutal, no sé si alguna vez lo has visto bailar, es un hombre mayor, a veces baila él solo y otras con dos acompañantes también mayores, algo que yo nunca había visto, qué belleza, me pareció la expresión total del deseo desde el cuerpo, el deseo descarnado, ahí no había palabras, ni voz. sólo cuerpo trabajado, vivido, quizás sólo había la expresión de un cuerpo que también ha conocido el amor y todos sus estragos.

recordé que más que cuerpo somos voz, somos soplo, expresión mínima ligera y musical de una energía; pensé que desde aquella única noche no he vuelto a escuchar tu voz. la recuerdo nítida, dulce, a veces casi inaudible, y he pensado que me encantaría volver a escucharla.

se me ocurren varias ideas, más o menos posibles, más o menos locas, para que no tengas que viajar nunca más. pero quizás sea mejor decírtelas con todo mi cuerpo, que es voz, palabra, escritura y deseo…

ESTARÁS TÚ, SENCILLA Y CLARA

el poema es precioso, limpio, tiene tu cadencia, la que reconozco como el modo de ser de ti que me cautivó.

¿mi amigo? venga ya, sabes que no me ha vuelto a dirigir la palabra desde que lo dejé aquel domingo plantado por ti… ;—) y menos ahora, que lo has abandonado de nuevo, y por un bailarín de cierta edad o más.

pero estoy deseando que me cuentes —con todo tu cuerpo— esas maneras locas tan locas de nunca más tener que viajar, entonces escucharé tu voz mínima

—cantando inmóvil y clara en el interior de mi ser…—, escucharé muy atento, para descubrir ese secreto maravilloso…

ha sido un viaje pesado, muy largo, no he parado de leer a Bolaño. hay algo que, al leer sobre las hermanas Font —supongo que me enamora locamente María—, me hacía pensar en ti. en tu revista por la de ellos, todos. Buenos Aires no es en estos momentos el mejor clima para una mariposa, pero veremos juntos esa película, en octubre, en el DF.

no sé si me atrevo a skypear contigo, me da miedo la voz, la palabra, sólo creo en la escritura —recuerda que soy derridiano— y en el cuerpo —recuerda, soy deleuziano, máquina deseante—.

nunca había salido tan locamente de viaje, con tan poca preparación, en realidad, creo que deseaba llegar tarde al aeropuerto y que me dijeran que el vuelo ya estaba cerrado… cómo envidio tu ligereza.

tu ligereza o no tener que volar nunca más, siempre a tu lado, ¿qué harías para evitar que tuviera que viajar más, nunca más?

ps: acabo de aterrizar y conseguir en el hotel una conexión, veo tu sonrisa, eres maravillosa, pienso.

me encantaría verte—

te soñaré —como tú dices, todas las noches con sus días—.

UNA VERDAD

sí, el poema es hermosísimo, por eso quería léertelo como te gusta: escribiéndolo sólo para tus ojos ;—)

pero ¿qué es ser derridiano? ¿qué es ser deleuziano? me he enamorado de ti porque sabes escuchar, porque eres lo que escribes y escribes lo que eres, no me importa de qué corriente del pensamiento seas, me gusta aquella frase de Rimbaud: «y me será lícito poseer la verdad en un alma y en un cuerpo», para mí tú eres una verdad.

¿cómo te sientes? ¿ya mejor? cómo me gustaría estar a tu lado y reanimarte de tu agotamiento, después de entregar nuestros deseos y nuestros cuerpos, quedarnos debajo de las sábanas hablando bajito o no diciendo nada, durmiendo, soñando…

¡ay, nunca quise tanto que llegara octubre!

entonces, dejaste plantado a tu amigo por mí, y no por una entrevista en la que quizás descubrirías a una chica que ha leído algunos de tus libros, «los más antiguos, los mejores», ¡venga ya!

MI TELÉPATA…

¿qué es ser derridiano y deleuziano? una elección feroz, una patria posible para mí, apátrida impenitente, una antireligión proclamada para el último apóstata que cruza esta tierra ;—)

¡qué gusto estar en silencio o hablando bajito bajo una sábana, tocándonos todo el día, besándonos todo el día, amándonos todo el día, me muero de sólo pensarlo!

nunca quisimos octubre, siempre fui más de mayo, pero lo que por aquí está cayendo, mi hermosa inmóvil y clara, te aseguro que me pide que los calendarios corran a velocidades de vértigo…

nunca dejaría a nadie por alguien que sólo ha leído mis libros, pudiendo hacerlo por alguien que ha leído en mi pensamiento ;—)

SECRETO A UNA POMPA DE JABÓN

amado, si puedes, si tu trabajo te lo permite, cruza el Río de la Plata y ve a Montevideo, piérdete en las librerías, entre las calles del centro, conoce a los libreros, platica un poco con ellos, te invitarán a un mate, todos lo beben, porque ahí todos han sido olvidados de sí mismos y poseen algo precioso: tiempo, luego regresa al puerto, antes de que el sol se ponga, camina despacio, pero recuerda que el sol es un tren magnético que pasa ultrarrápido… una estela cálida de luz, entonces verás una ciudad de cara al cielo que busca en otra su reflejo, quizás haya por el muelle algún pescador tentando su suerte, y cuando te encuentres en esa tierra de nadie, en ese lugar abandonado, olvidado del planeta, coupé du monde desde donde contemplar el atardecer, quizás, por un instante, experimentes no ser tú el que se asoma a la puesta de ese sol que arde desde la otra orilla del agua, mientras permaneces ahí suspendido, inmóvil, quizás te embargue la sensación conocida de que alguien ha visto esa escena por ti, o de que eres tú quien la ves ahora por otro, quizás no vayas a Montevideo, ni al puerto, ni a la hecatombe del crepúsculo, porque eso ya sucedió, quizás yo misma hice ese recorrido por ti, me detuve en ese instante, llevando unas zapatillas blancas como las tuyas, y desde ahí proyecto para ti ese recuerdo.

aunque nada de eso haya sucedido, y sólo sean los restos de un sueño agitado, si puedes, si tu seminario te lo permite, cruza el Río de la Plata y ve a Montevideo… hazlo por mí, quiero saberte allí el día que vayamos a nuestro encuentro.

MI CAUSITA

«mi causita» es como llama extravagantemente a sus amadas (y amados) alguno de los más locos amigos exiliados en París del círculo de los poetas real visceralistas mexicanos (sobre los que trata, ya sabes, Los detectives salvajes). es una novela monumental, sincronicémonos en ella, a mí todavía me queda cuerda antes de poder lanzarme sobre Kawabata (Lo bello y lo triste, por cierto, es también una de mis favoritas).

y mi causita me hacía pensar en ti, cada vez que lo leía, cada vez que leía de esos amores en diaspora, de la gente yéndose y entrando en la literatura, en los países y en las vidas propias o ajenas como quien sin más besa o entra en un cuerpo o en otro o pasa una puerta u otra, y mi causita me hace pensar en ti como una mariposa que me sigue en mis conferencias y en mi descubrimiento parsimonioso, ralentizado y medido de este extraño continente, y su sentido universal, que me estremece y me inquieta, o telepáticamente en mis recorridos por Buenos Aires o Montevideo.

estoy deseando llegar —a Montevideo— para recorrerlo en tus palabras y en tu sentimiento y en tu premonición suspensa —esta vez no me negarás que tu email es un poema hermosísimo y perfecto—, teniendo cuidado para no pisar tus zapatillas blancas con las mías cuando ambos ocupemos el mismo espacio del universo —si es que todavía estamos separados en el tiempo—, cuando en ese momento aparezcas entre mis ojos y mi pensamiento y me entregue sobrecogido de tu dulzura a abrazarte —y sentir lo que tú sentiste ya entonces conmigo, o para hacerlo conmigo, en el tiempo dilatado que nos enlaza…—.

me temo que mi llegada será algo posterior, el festival es del 12 al 20 y para entonces yo ya habré empezado mis clases, lo que difícilmente me permitirá ausentarme de Madrid por más de una semana… a no ser, claro, mi causita, de que eso que tengas que contarme de cuerpo entero bajo las sábanas húmedas suspenda mi vuelta ya para siempre, o te traiga conmigo a mí unida como causita apátrida, tú o yo o los dos apátridas y causitas —perdidas—, y los dos sabiendo lo que hacemos y lo hagamos, pero esto tendremos que

decírnoslo bajo las sábanas y los besos, los cuerpos unidos y extasiados de no poder con tanta felicidad como estemos sintiendo y no queramos ni por un segundo consentir que deje ella de invadirnos nunca más un sólo instante en lo que quede de nuestras breves (para tanto deseo de incolmable eternidad) vidas… mi secreto se lo conté, sí, a una pompa de jabón que, perseguida por una niña por la acera de Corrientes, a la altura de Prometeo, me explotó en la nariz cuando al asomar pensé qué significaba para mí estar tanto tiempo, últimamente, en esta extraña tierra (en América, sabes, quiero decir).

creo que lo guardará mucho peor que agujeros más seguros, recónditos y oscuros, y la niña, no, no era una geisha…;—)

RE: MI CAUSITA APÁTRIDA

esta mañana desperté soñando contigo, te soñé en una casa conocida y desconocida con gente conocida y desconocida a la vez. buscábamos un lugar, un rincón en el que aislarnos, una pompa de jabón a nuestra medida, hecha sólo de música, una música sólo nuestra, y, de pronto, en el transcurso de esa búsqueda desapareciste y me quedé sola, tan sola y aislada como la ciudad de Montevideo, al descubrir tu ausencia me fue imposible reconocer a ninguna de las personas que me rodeaban, me dio una de esas crisis de angustia horribles, en las que el grito se te queda atrapado en el pecho y es mudo, no te puedes mover y crees que estás muerto en vida para siempre, parece ser que un poeta mexicano llamado Villaurrutia sufría ataques parecidos, traté de respirar y de calmarme, de pronto, cuando ya comenzaba a resignarme por tu partida, regresaste, gritabas desde afuera, desde la noche, gritabas para que te dejaran entrar adonde yo estaba casi muerta, al escuchar tu voz me regresó el alma al cuerpo… o sea, desperté, y lo primero que vino a mi mente fue esta frase que aún provenía del sueño: «soñar es como pasear en una motocicleta, no hay una dirección preestablecida, te dejas llevar, el cuerpo es completamente vulnerable, tanto en el sueño como en el paseo, el cuerpo está expuesto a la brisa, el viento es todo lo que existe, lo rodea, lo envuelve, lo anima y entonces el paisaje nace», no sé en qué momento incursionó la imagen de la motocicleta, sólo sé que cuando desperté, todavía aturdida, me levanté de la cama y lo escribí para no olvidarlo, luego me volví a dormir.

tu causita apátrida te espera, claro, me han dado ganas de sincronizarme contigo en ese otro viaje a tierras extrañas de Los detectives salvajes, a pesar de que hace tiempo me rebelé contra la novela y me entregué al ensayo, a la prosa breve y a la poesía, quizás ya sea un buen momento para volver a habitar esos universos amplios y dilatados por los que transita tanta gente conocida y por conocer, si ahora estás viviendo ahí, regresaré a la novela y me iré ahí a vivir contigo ;—)

es verdad, pienso que caminas por esas tierras extrañas y saberte en ellas, no sé, me estremece, es como si te sintiera adentro de mí, me

estremece como si en cada cosa que ves en esos viajes descubrieras algo muy mío, muy íntimo y secreto, me da mucho placer, pienso sobre todo en Montevideo, en ese nombre, podría ser el nombre de una ciudad del futuro: la nuestra.

si en algún lugar del mundo he sentido el «no tiempo» ha sido ahí. y en esta modernidad fallida en la que se supone que las ciudades capitales «dialogan» y se miran unas a otras, se conectan, compiten, se interesan por sus tragedias y por sus logros, Montevideo, la ciudad del futuro, la ciudad atrapada en otro tiempo, ahora ella permanece sola y aislada, nadie la recuerda, nadie la extraña, y, sin embargo, qué hermosa, una ciudad abierta, pura entrega, ciudad abandonada de sí misma y del mundo, que cada tarde ve ponerse el sol mientras sus habitantes caminan sin prisa, sin olvidar la cortesía ni el mate que les insufla la vida y los sostiene, son gente de otro planeta pero lo ignoran ¡qué nombre, Montevideo…! cuál será el gentilicio con el que nos conocerán en el futuro: ¿montevideano? ¿montevideoasta? ¿montevideico? ¿montevideaño?

pienso en los nombres y recuerdo aquella frase: «el mundo cambia si dos se miran y se reconocen, porque amar es desnudarse de los nombres», me desnudo del mío y soy para ti causita apátrida, deseosa, amante, amada y expectante, mariposa, causita de otro mundo que espera inventar uno contigo cuando, por fin, ya desnudo del tuyo, aterrices debajo de mis sábanas y entonces exhaustos de placer y de felicidad nos reconozcamos.

MI AMADA DESNUDADA DE NOMBRE…

déjame sólo que te diga que tus emails de estos días me están atrapando por dentro como fuerzas poderosas, que yo también estoy sintiéndote con mucha intensidad dentro de mí al caminar por estas tierras, que siento que todo lo que aquí estoy descubriendo e intuyendo eres tú.

que llevo todo el día intentando que me den el viaje en buquebús (y no en avión, qué pesados) y deseando estar ya en Montevideo, en el otro lado de mi balcón, y que no estoy escribiéndote sin parar y a todas horas porque me tienen de continua visita a unos sitios y otros y a conocer a unas personas u otras, y que el rato que me queda libre tengo que dedicarlo intensamente a preparar mis charlitas.

pero hay un fondo de mi pensamiento —el que es más yo, mi «pensamiento profundo», mi «mar de pensamiento»— que sólo se dedica a ti, que vibra constantemente en ti y en tu memoria, en ti y la intuición de lo que seas para mí. creo que cada día que paso a este lado del Atlántico soy más totalmente tuyo… tengo tantas ganas de estar en tu Montevideo —sé que te sentiré muy dentro de mí cuando esté en él…—.

tu amado desnudado de nombre (y tierra…).

ps: ¿quieres empezar tu sincronización con Los detectives salvajes por el punto en que esta tarde, mientras tomaba el café de la comida, me ha arrancado lágrimas…? el parágrafo de Felipe Müller en el capítulo 19 (una historia de amantes, clones y abismos), brutal, magnífica, perfecta, nuestra.

CAPÍTULO 19

lo releí anoche, muy tarde, al terminar me quedé dormida con el libro entre las manos…

me dieron ganas de volver a leer toda la novela desde el principio, ver qué cosas nuevas descubro, para quien ha vivido en México y ha estudiado literatura en la UNAM esa novela tiene mucho de entrañable, resulta fácil reconocerse ahí. me impresionaron algunos detalles: el encuentro de ellos, su manera de hacer el amor no haciéndolo, como nosotros, el escribirse para conocerse uno frente al otro en una misma casa y una misma mesa, eso me fascinó. pero como dice uno de los personajes en ese mismo capítulo: «¿hay misterio? ¡no!».

je je je, ¡es demasiado bueno! la primera vez que la leí me gustó mucho, pero hay algo que me molesta en ese afán «narrativo» de la ficción y en ese empecinamiento de hacer «novela» a la manera de la «novela», de hacer héroes, de hacer «relato», quizás para nuestra época sea cada vez más difícil sostener ese tipo de «creación», tanta construcción, tanto personaje, de pronto me parece muy falso, de pronto siento la distancia y me deja un poco indiferente, pero tienes razón en que ésta es muy brutal y tiene algo de eso (que sólo algunas pocas novelas tienen), magnetismo y vértigo.

te guardo un suplemento literario dedicado a Bolaño en el que viene un texto suyo sobre los baños públicos del DF. lo guardé porque —como buena descendiente del desierto— no puedo vivir sin los baños de vapor y siempre, no importa en donde esté, localizo alguno y lo hago parte de mis ritos cotidianos, (no voy a los baños —como el personaje de Bolaño— a emborracharme y a escuchar el sexo y las conversaciones de los vecinos, sino porque mi cuerpo necesita esa ceremonia de hedonismo y purificación.)

y tú, ¿paseas por una marina con sombrero? ¿has empezado a leer otra novela o, por fin, has comenzado escribir la tuya?

RE: CAPÍTULO 19

mi amada, entiendo lo que te gusta y lo que no del texto de Bolaño. lo que me gusta a mí de él es muy elemental: convierte la capacidad de hacer ensayo en una posibilidad de hacer novela, a los escritores en los personajes más interesantes para enhebrar historias, el saber en el campo literario en la indagación más profunda sobre la vida, el experimento creativo en la forma heroica de existir, diría que todo ello hace que para mí la literatura tenga una posibilidad: mientras sus héroes fueran marinos, o guerreros, o detectives, o policías, o cualquier otra cosa por el estilo, no tendría nada que hacer, no tendría aventura que narrar, pero cuando la narración es la del que busca el conocimiento escondido en lo literario, entonces la posibilidad de la novela se abre para mí. mis personajes nunca podrían ser otra cosa que «intelectuales», escritores, al fin y al cabo.

me gusta lo que dices de los baños, hedonismo y purificación.

estoy aterrizando en el descanso, creo que el jetlag ha puesto punto final a un curso muy agotador, y estoy como que derrumbado todo el día. además, he vuelto con un medio resfriado de Montevideo, por los cambios de clima, supongo, y estoy como con una gran paliza en el cuerpo, abotargado, sin hacer mucho más que estar todo el día tumbado, leer alguna que otra página y comer —eso sí— sardinitas. aún no he terminado Los detectives… creo que esta noche lo haré.

no tengo facilidades para mirar internet: aquí no hay más que un café con wifi que pueda usar con mi ordenador, y suele estar hasta los topes, te escribiré entonces sólo mis pensamientos mejores, algunas fotos y mis canciones favoritas, hay un faro con unas vistas maravillosas.

ayer estuve en el bar en el que está colgado el dibujo original de Richard Hamilton que sirvió de portada al disco blanco de los Beatles, siempre que lo veo hago planes de robarlo ;-)

VACACIONES MÍNIMAS

también entiendo lo que te gusta a ti del texto, tú lo lees como alguien en busca de esas posibilidades en las que vivir sea un experimento: convertir la vida misma en una novela—ensayo… creo que nunca vas a escribir esa novela, pues en verdad a ti no te interesa ese tipo de escritura sino como existencia cumplida: la tuya, para ti la escritura es pura potencia de pensar, la novela que te gustaría escribir es tu propia vida como ensayo, indagación, apuesta, como novelista serías el escritor sin escritura y te encontrarías ahí ante un dilema, trataré de ayudarte en todo lo que pueda ;—)

claro, recuerdo ese álbum de los Beatles, mi madre lo tenía o lo tiene, yo solía escucharlo, me gustaban algunas canciones, siempre me intrigó ese collage musical, me parecía enigmático: había canciones muy intelectuales, otras como infantiles y algunas más oscuras, en fin, algunas las recuerdo muy bien; otras, no tanto.

¿cuál es el dibujo original? ¿la portada? ¿un monocromo psíquico como el de Malevich o como nuestro contrato de amor, una página en blanco…?

te cuento de mí y de mis vacaciones mínimas: ir al mercado, esto me encanta, es una deriva urbana placentera, vagar entre las flores y las frutas, mucho yoga, siento que me estoy haciendo más fuerte, pero de una fuerza no visible, tan fuerte como una hojita de árbol que resiste el viento o de plano se deja llevar muy lejos ;—)

y mañana al vapor con un enorme jugo de fresa o, mejor, de mango, todavía tengo un jabón de olivo que traje del Líbano, una de esas cosas que han viajado conmigo desde el mundo antiguo.

TUMBONA, DARDINITAS, UN FARO

(construcción inútil y por ello imprescindible: onírica.) un robo, no cualquiera sino ése… una superficie en blanco en la que seguramente podría comenzar nuestra novela, una historia de amor…

¡buen augurio!

¿qué te puedo decir? suena como la vacación ideal.

no te preocupes por lo del acceso a internet: fotos, música y tus pensamientos mejores y más amorosos será perfecto, yo también tengo música para ti.

te mando besos que completen tu placidez y sean la cereza o, mejor, la aceituna de un martini :—)

BLANCOS Y PSICOTROPÍAS

el dibujo, sí, es blanco, como la portada del disco era blanca, pero el original tiene el nombre de los Beatles dibujado, y eso es lo único que hay. eso y la firma de Hamilton.

qué bonita ¡dea la de un «monocromo psíquico», me gusta mucho, la usaré, si me la prestas, también la de incluir en la novela el robo de ese blanco —psicotrópico esta vez, quizás— es muy buena, no había pensado en ella como parte de la trama de mi novela, pero lo haré, también si me la prestas: voy a empezar a deberte mucho, espero pronto deberte además zumos de mango y fresa (¿al vapor?) y ejercicios de yoga, y jaboncito de olivo liba—nés. qué bien hueles, mi vida.

lo que se puede ver desde este faro es maravilloso, la costa más hermosa del mundo, creo, es el primer lugar en que el sol aparece en la península, el más oriental.

ayer estuve escuchando un concierto fantástico de Caries Santos, un pianista del serialismo local estilo Steve Reich que tocaba en la iglesia de Cadaqués. anteayer estuve en una mesa redonda con críticos locales hablando de Duchamp y Dalí y su paso por aquí, uno de ellos era amigo y me recomendó el concierto.

me gustaría verte haciendo yoga, yo —quizás te lo dije— hago meditación zen. habría que vernos (a ver qué vemos).

A VER ZEN

a ver, la meditación zen… ¿no es algo así como sumergirse en un monocromo, ser el monocromo mismo y perderse en él, borrar sus límites?

apenas estoy intentando meditar, iniciándome, pues ni siquiera sé de qué tipo de meditación se trata, cuando lo descubra te cuento.

¿así que te han gustado las ideas? te las regalo, son tuyas, pero con una condición: ser la primera en leer esa novela tuya, ¿estás seguro de ese título? incluso puedes enviarme los fragmentos que vayas terminando, soy muy rápida, me los envías antes de irte a la cama, a esa hora me estaré despertando, y puedo leerte mientras bebo un café y enviarte de inmediato unos comentarios que aguarden tu despertar…

hoy cumplí mis vacaciones mínimas y me entregué a las delicias del hammán. esta vez no había jugo de mango, así que elegí fresa, hice unas fotos muy bonitas para ti…

descubrirás en mi rostro en quién estaba pensando, preguntándome si te gustaría estar inmerso conmigo en esa nube de vapor, en ese monocromo blanco cálido, leyéndonos tu novela—ensayo.

quizás te envíe algunas… pero aún no he podido bajarlas de la cámara (cuestión de falla en la batería), aunque no sé si enviarlas por email, son un poco atrevidas, si no llego a hacerlo por pudor o miedo a los hackers te las mostraré cuando me reveles los secretos de la meditación, haremos un intercambio, mis fotos por ese saber tuyo, quiero deberte muchas cosas, me gusta la lógica del endeudamiento, esto hará que nuestra hora de cobros y pagos mutuos sea infinita y deliciosa.

DUOTONO LÍQUIDO

seguro que es eso, más que nada, yo llevo treinta años haciéndola todas las mañanas de mi vida (salvo una), pero no tengo muy claro lo que es. en todo caso, sabré decirte cómo hacerla, con palabras de otro, de entrada, muy neutras pero claras, y después, quizás intente también hacerlo con las mías propias, aunque seguro te serán menos útiles y directas.

en cuanto a la condición, juro cumplirla, no me será difícil: esa novela, si llega a ser, será totalmente tuya (tanto al menos como mía), así que lo que no te perdonaría jamás es que no cumplieras la parte en que la condición te obliga a la vez a ti, justamente, a ser su lectora—escritora.

yo también tengo un problema con las fotos que estoy haciendo (aunque nunca me ha gustado mucho): no puedo mandarte las mías porque no me traje un conector para usb, con lo cual no puedo sacarlas de la cámara, pero voy a ver si encuentro uno que alguien me pueda prestar al menos un momento.

hoy voy a hacer la ruta final de Benjamín en dirección opuesta —y bueno, en coche—, el cruce de los Pirineos con una pequeña maletita conteniendo un manuscrito, esta vez no será el Libro de los pasajes, sino mi ordenador en el maletero con mi Hotel Abismo apenas comenzado, y bueno, pienso llegar hasta Collioure, donde murió Machado y Matisse pasó mucho veranitos, como en Cadaqués Duchamp o Hamilton —y, por supuesto, el omnipresente Dalí (un petardete)—.

tendrás que enseñarme qué es «hammán». eso no lo sé, pero sé que me gustaría estar perdido en cualquier nube contigo, tomando a tu lado mango y fresas (duotono líquido).

y algo más tuyo, más interno y cálido —y quizás más monocromo y absoluto, sí… tu dulce vida interior, tu espíritu—.

PACTO

ahora sí que me has dejado muda, no sé si tienes una idea del poder de tus palabras, nunca nadie me pidió algo así. bueno, hace años un profesor de literatura —con el que mantuve una intensa y breve correspondencia— me pidió mi alma, pero, en él, todo era pose literaria, estaba obsesionado con Fausto, a menudo firmaba las cartas con nombres de magos célebres, nunca con el suyo, así que al contestar sus misivas también firmé con otro nombre, le di el alma de otra escritora, para conservar la mía y algún día en verdad poder entregarla ;—)

… tu dulce vida interior, tu espíritu…

podría responder afirmativamente a ese pedido tuyo… pero ¿sabes a lo que te comprometes?

te enseñaré lo que es un hammán: puro deleite del cuerpo, quizás algo de meditación, pero no zen… de otro tipo, aunque no sé cuál.

existen muchos tipos de baños, los clásicos musulmanes, como tienen una carga religiosa y en ellos hay días para mujeres y días para hombres, no podríamos compartirlos.

suelo ir a uno laico, en el más puro estilo «chilango», que consta de un cuarto pequeño con una chaise longue, un espejo enorme, otra puerta tras la cual está el vapor y la ducha de presión.

(hubo muchos vapores y muchas duchas, y largos ratos recostada en la tumbona, viajes de ida y vuelta entre ambas habitaciones, de pronto me detuve a mirarme en el espejo, no sé si recuerdas que en mi casa no hay espejos, una coincidencia con Borges y su aversión a los espejos o una manifestación inconsciente y anticipada de mi propia judeidad olvidada: sabes de aquella tradición del luto, de retirar los espejos o cubrirlos con un trapo negro—mirarme en un espejo es algo inusual para mí. quizás por eso, ayer, al mirarme en ese espejo enorme fue como si me mirara por primera vez. algo así como un nacimiento, y como si mi «yo» estuviera desfasado de mi propia imagen y viniera de otros tiempos, me miré durante mucho rato y me descubrí como otra, en el cuerpo de una mujer que no conozco, fue brutal, aquel cuerpo no lo reconocía como mío, y esto me causó sorpresa, estupor, melancolía, euforia, tristeza y un delirio erótico

incontenible, y además no sé por qué te cuento esto —o sí lo sé, perfectamente—, no es con el afán de despertar un deseo —que los dos sentimos y ya está bastante encendido—, sino que intuyo que algo me está pasando a un nivel más íntimo, coincide con lo que me pides, así que cómo no voy a acordártelo. creo que ya sabías que eso ocurriría antes de que yo pudiera descubrirlo, detrás de ese espejo pienso que podría haber alguien espiándome: quizás un lector.)

amado, te veo haciendo ese recorrido encontrado con Benjamin, te veo paseando, buscando, dejándote sorprender, viajando en el sentido opuesto… y leo tus emails, en los que siempre encuentro algo muy tuyo que me envuelve y me hace sentir eternamente tuya como en nuestro primer email.

ps. claro que cumpliré mi parte del trato y no te engañaré ni te daré como mío el nombre de otra.

A VER MUCHOS VIAJES

¡tengo el vídeo! —aunque todavía no consigo abrirlo—, he visto tu pegatina interior, he leído nuestras graciosas galletas de la suerte: «haver muchos viajes».

GALLETAS ORACULARES

a ver (¡en vez de haber muchos viajes! sí;—)

cuando insertes el disco verás que hay dos archivos, tienes que hacer click en el segundo, ¡buen viaje de peli!

estoy haciendo las maletas para ir a tu encuentro…

¿no te parece insólito que en tu galleta de la suerte estuvieran escritos los muchos viajes por venir, viajes que no te gusta hacer, pero que a mí sí, y que, de pronto, ahora descubres que disfrutas, cuando hace unos días querías perder el avión para quedarte en casa escribiendo, mientras que a mí me haya presagiado el anhelo de un nombre, cuando lo que deseo íes deshacerme de todos! para que desprovista por completo de alguno tú me nombres y yo renazca?

todo ese oráculo masticable —redactado con terribles faltas de ortografía, peores que las que a veces se me escapan en el vértigo telepático, seguro que lo habrás notado— oculto en una galleta de la suerte incomible.

ps: dicen que el Oráculo de Delfos también salía de los labios de la pitonisa con graves errores de ortografía y de sintaxis, bueno, los oráculos siempre han tendido a lo oscuro, pero me gusta mucho esa frase que, según se dice, estaba escrita a la entrada: «el oráculo no dice ni sí ni no, sólo significa».

CITA

por fin encontré la cita, y si te gusta puedes usarla al inicio de tu novela: «He contemplado la ciudad desde la altura de ciertas ventanas. Es cuando los grandes edificios pierden realidad y asumen sus poderes mágicos. Son incorpóreos; es decir, que uno no ve sino las ventanas encendidas. Cuadrado en llamas tras cuadrado en llamas, engastados en el éter. Aquí hay poesía, pues hemos hecho descender a las estrellas». (Ezra Pound, Patria mía, de 1962; traducción publicada por Tusquets en 1971.)

SABES…

que no está siendo nada fácil lo que estamos viviendo, estoy admirada y profundamente conmovida por la manera en que estás enfrentando esta situación, eso está haciendo que te ame mucho más, no sé cómo podría ser esto posible, pues sabes que ya te amo infinitamente, y, sin embargo, hoy te amo hasta el infinito y más allá ;—) antes y después de khóra. amado, has trazado miles de líneas de fuga para el pensamiento de nuestro tiempo, has escrito los libros más hermosos y potentes, has hecho de la teoría experiencia, entregándote en todos y cada de uno de los proyectos que has construido a lo largo de tu vida, en cada palabra, en cada gesto, eres pura potencia de obrar y de pensar, nunca imaginé que algo así realmente pudiera existir, y si lo sospechaba estaba «resignada» a no conocerlo, a que no me tocara, quién iba a imaginar que te encontraría en aquella sala de conferencias improbable a la que en un principio no quise ir… y quién podría imaginar, ni el Oráculo de Delfos ni ninguna galleta china, que ese día nuestras vidas entrarían en colisión para ser plenitud fugaz y eterna, desde entonces mi vida ha estado cargada de sentido, eres el acontecimiento, eres lo más precioso, creo que te lo he dicho numerosas veces, eres algo que esperaba desde hacía muchas vidas, varias veces te he contado aquel sueño que tuve antes de conocerte —que me conmocionó tanto— y que desde entonces nunca me abandona, ¿lo recuerdas? no lo había comprendido y hoy finalmente está cobrando un significado para mí. ahora entiendo por qué me viene obsesionando desde hace tantos años, y por qué recuerdo cada detalle, cada emoción, cada una de sus sensaciones, por fin sé por qué he viajado hasta aquí, ahora sé quién eres, quién soy, sé qué significa esto que tenemos que enfrentar… desde ese primer instante mi vida está unida a la tuya, telepática, física, intelectual, mental, sexual, escritural y espiritualmente, ha sido tan intenso, tan fuerte para los dos que en ocasiones ha sido difícil soportarlo… pero aun en los peores momentos hemos estado unidos como más no se puede, precisamente por eso tengo miedo, tengo tanto miedo de perderte, miedo a no verte nunca más. sin embargo, sé que en este momento no puedo sino abrazarte y seguir tus pasos, confío ciega y absolutamente en ti, como en aquel sueño en el que caminábamos tomados de la

mano mientras el mundo se nos caía a pedazos, iré contigo hacia donde el amor más grande, el más perfecto que se haya podido vivir, haya decidido llevarnos, quiero vivir contigo, vivir en y para ti por siempre.

HOY SÍ QUE…

al leer tu precioso email, se me cayeron las lágrimas

—una mezcla indecidible de felicidad perfecta y dolor— y tuve ese pensamiento que, te había dicho, nunca tendría: qué injusta es la vida.

mi amada, tú eres lo más precioso para mí, lo más importante que ha ocurrido jamás, porque es en ti en quien se hace el amor que toda mi vida he perseguido, y es lo único en lo que creo, lo que salva, lo que sabe, lo que es verdad y abre a lo eterno, y el saber y el saber no ser y el poder ser de verdad por los otros, por todos los otros.

mi amada, vivo sobrecogido de amor desde que te conozco, tú das sentido a mi vida, a toda ella, me reconcilias hacia atrás y hacia delante, hacia todo lo vivido antes de ti y hacia todo lo que pueda venir, lo llenas todo y haces que todo para mí ocupe su lugar, toda mi vida es tu vida, cada uno de mis pensamientos y lo que he hecho tiene su sentido en ti.

el sueño es maravilloso —eres ese autor, siempre lo supe—, y es maravilloso que sientas que soy eso tan hermoso y profundo que buscas, y si lo soy, como tú eres para mí mi fe, mi apuesta, mi todo, entonces no tenemos nada que temer, nada de qué preocuparnos, sino enfrentar con la jovialidad del guerrero que sabe que ganar o perder la batalla no está en sus manos: que en sus manos sólo está lo certero de cada golpe, la fuerza de cada acción.

lo que nos estamos transmitiendo no es retórica, sino el núcleo más denso de un saber en el que tenemos la inmensa suerte de habitar, por habernos encontrado.

te siento tan cerca, es verdad que somos telépatas

—a veces he dudado si lo eras tú, casi siempre si lo soy yo, pero algo nos tiene enlazados de un modo absoluto: hemos aprendido que vivir es vivir por otro, por lo otro— y que nuestra vida es una. y siéndolo así la de ambos, uno para otro, está «condenada a eternidad», a dulce y feliz eternidad.

es cierto que debes ser telépata, y has debido estarte tocando mucho esta noche todo tu cuerpito, porque yo no he parado de dar vueltas, durísimo de amor, de deseo, de memoria, de unión completa y absoluta en ti.

[ESPOSA MÍA]

los días que he pasado contigo, los que he vivido contigo, los que llevo en este mundo desde que te conozco son mi vida, la que tengo y a la que digo sí, y lo seguiría diciendo por siempre.

mi amada, junto a ti he sido y soy el que siempre quise ser. mi historia contigo —como la Autobiografía de N. se subtitula— debe llevar por nombre «O cómo se llega a ser el que se es».

yo soy éste que junto a ti se ha fabricado amándote tanto, lo que soy, no te olvidará nunca, te contiene… te ama. o sea, te amo todo y por siempre, amada mía, esposa mía.

Madrid, i de septiembre de 2010

IX

POSTSCRIPTS

En el momento en que dejo (publicar) «mi» libro (nadie me obliga a ello) me convierto en el aparecer, en ese espectro ineducable que nunca habrá aprendido a vivir. La huella que dejo significa a la vez mi muerte, futura o ya ocurrida, y la esperanza de que me sobreviva.

Jacques Derrida

Inventar la ley del acontecimiento singular, tener en cuenta al destinatario supuesto o deseado y, al mismo tiempo, pretender que esta escritura te determine como lector, quizás sea demasiado ambicioso. Aprenderás —o quizás has aprendido ya— a leer (a «vivir») algo que, por lo demás, no estabas acostumbrado a recibir.

Si has llegado hasta aquí habrás descubierto que todo en este libro es epitafio; es decir, paradigma de todo texto autobiográfico. Como no podría ser de otro modo, lo que reluce en esta escritura postuma es el destello de una intuición: «la verdad del ser no se constituye en la palabra, mucho menos en el habla, sino en la escritura». Presencia muda del pensamiento como única posibilidad de existencia, nada de comunicación, puesto que la escritura «inviste» de significado y no lo comunica.

Sin embargo, ahora son ustedes, queridos lectores, los que desaparecen: no deben confundirse, ustedes nunca han existido: «los epitafios son un monumento a la inexistencia de los otros, a la exclusiva existencia de los nombres, de su escritura, aunque no se hayan pronunciado ni se hayan escrito».

Despojados de todas las ambiciones épicas y narrativas, de anécdotas triviales o trascendentes, al dar vuelta a la página, al cerrar este libro, al abandonarlo en un rincón o, al contrario, al buscarle un lugar bien dispuesto y accesible —para ser leído una y otra vez— sólo quedará la ceniza esparcida y el eco que resuena; pues sólo ella permanece y su historia queda aquí escrita.

And the rest should be silence…